

A woman with long, dark, wavy hair is the central figure. She has a large, ornate clock face on her chest, which is glowing with a blue light. The clock face features Roman numerals and intricate patterns. Several glowing blue butterflies are scattered around her, some appearing to fly around the clock. The background is a dark, starry space with a blue and green nebula-like glow. The overall mood is mysterious and ethereal.

# MÁS ALLÁ DEL FIN DEL MUNDO

JULIETA VALDÉS

# MÁS ALLÁ DEL FIN DEL MUNDO

JULIETA VALDÉS

## CAPÍTULO 1

Avanzamos tierra adentro y cuando paramos, se formó alrededor del camión una nube de polvo. Bajamos el equipaje, yo cargando con la mochila y mamá arrastrando una maleta más ancha que ella. Hubo quizás unas veinte paradas antes que nosotros, cada pasajero podía bajarse a su antojo haciéndole una simple señal al chofer. No había paradas, solamente caminos y siguiéndolos con la vista descubría la silueta de algunas casas, alejadas de todo. Fue un *shock* haber dejado la ciudad y su amontonamiento de casa, oficinas y edificios, para llegar a este lugar donde apenas se podía distinguir un par de casas en la inmensidad del campo.

El polvo se aquietó, el autobús ya se había alejado y quedamos las dos, mamá y yo, en este lugar donde no se veía más que una gran extensión de tierra, árboles y colina abajo un lago que reflejaba la luz del sol. Suspiré. Esto era como llegar al fin del mundo, pero peor porque de ahora en adelante tendríamos que vivir ahí.

Pregunté:

- ¿Estás segura que es aquí?

Y mamá contestó con una inclinación de la cabeza y una sonrisa, como contestaba últimamente a mis preguntas irónicas. Maldije entre dientes a la abuela por legarnos semejante lugar y a papá por haber muerto y habernos dejado sin nada, pero ya mamá se encaminaba por un sendero que subía. Era un camino estrecho y empinado por el cual las ruedas de la maleta iban atascándose, era un sendero mezcla de arena y piedras, un sendero al que no le habían dado mantenimiento y que la hierba volvía a invadir. Yo miraba a la izquierda y a la derecha y me preguntaba dónde estaba el pueblo y donde habría una oficina del correo.

Había dejado atrás mis amigos de toda la vida, mi escuela, mi calle, mi casa y sentía la necesidad de ponerme a escribir. Quejarme con ellos de este nuevo hogar y esperar noticias de allá. Si seguían los mismos maestros, qué habían hecho durante el verano, si la directora seguía siendo una bruja imposible. Y todo lo demás que no podría saber ni preguntar porque de ahora en adelante mi vida se llevaría a cabo del otro lado del mundo.

Divagaba pensando en las cartas que iba a escribir y a quien y quien sería la primera de mis amigas en contestarlas cuando la cabaña se alzó frente a mis ojos. Era una construcción de un solo piso, de piedra y madera, y podría haber salido de una postal hasta que abrimos la puerta y nos recibió un olor a moho, a madera húmeda y una sala de muebles desvencijados: un sillón que solía ser café estaba perdiendo su color y cuando me quise sentar en el reposet me hundí y levanté polvo. Había telarañas y mamá se apresuró en abrir las ventanas, entró un aire fresco, propio de la montaña y me espanté al imaginar el frío de las noches.

- Tiene que haber cobijas en algún lado. – me dijo mamá como si pudiera leerme el pensamiento. - Voy a buscarla, tú puedes escoger el cuarto que más te gusta.

Era un poco presuntuoso hablar de elegir mi cuarto porque en realidad solo había dos opciones, un cuarto grande y con papel tapiz de flores que debía haber sido de la abuela y me daba un poco de terror, y otro más sencillo que debía ser un estudio y cuarto de invitados que tenía paredes en azul cielo, un escritorio y una ventana que daba al valle y al lago. Dejé mis cosas y me senté sobre la cama, comprobé que no estaba tan mal y me dejé caer para ver al techo. Ésta era mi nueva realidad y no había mucho que podía hacer al respecto. Podía haber guardado mi ropa, pero lo dejé para más tarde y tuve antojo de un vaso de leche y ver la tele. Esto me hizo pensar que no había visto una televisión en ninguno de los cuartos, recorrí toda la casa, me fijé en cada rincón de la sala, pero no vi el aparato, tenía que asegurarme:

- Mamá, ¿no hay televisión? – grité bastante histérica.
- Creo que no. Tendremos que preguntar en el pueblo si las antenas llegan hasta aquí.
- Sí, por supuesto, esto era lo único que faltaba. Vivir en un pueblo mugriento con polvo, borregos y nada más.

Me tiré sobre el sillón y retuve las lágrimas. No sabía si estaba triste, enojada, o ambas cosas. Quería, sobre todo, culpar a alguien de mi desgracia, pero sólo estaba mamá que ya estaba encargándose de limpiar con agua los muebles y a la que no podía culpar, ya había cargado con todo lo de papá, luego lo de la abuela, y ahora la mudanza; no estaba para lidiar además con una prepuberta encaprichada, ya vería cómo hacerle con lo de la televisión. Me puse a ayudarla, tomando otro trapo para ir quitando la capa de polvo a los muebles y ella dijo:

- Bueno, no hay televisión, pero tengo que enseñarte algo.

Al lado del cuarto de mamá había una recámara más pequeña con uno de esos sillones reclinables y estanterías de piso a techo. Cada nivel estaba cubierto de libros: pequeños, medianos y grandes, de piel y de papel rígido, nombres y nombres que desfilaban ante mí. La pequeña biblioteca, a diferencia de la casa, estaba impoluta. No me había podido traer todos mis libros de la ciudad, era imposible y descubrir este cuarto era como entrar a un paraíso. De inmediato fui recorriendo los estantes y leyendo el nombre de los volúmenes, había algunos títulos que conocía, pero muchos que eran una novedad para mí. Había novelas de misterio que databan de los años cincuenta y que tenía cubiertas como posters de películas antiguas, había novelas de ciencia ficción y había clásicos, empastado y con las letras doradas. Mamá debió haber emparejado la puerta lentamente porque cuando voltee ya no estaba y no volvió a llamarme hasta que llegó la hora de cenar.

La tarde pasó en un suspiro, siempre he tenido fascinación por los libros, desde pequeña y el sillón estaba tan cómodo que uno no necesitaba pararse. Supuse que había atardecido cuando me levanté para prender la luz, sin soltar el libro que estaba en mis manos y me encontré con los ojos

color avellana de mamá asomados a la puerta, y ella me recordó que todavía había que comer y acomodar nuestras pertenencias.

- Tu abuela pasaba mucho tiempo en este cuarto. -

Yo tenía un recuerdo bastante borroso de la abuela. Recordaba que me hacía comer cosas que no me gustaban y más adelante que llevaba una máscara para ayudarla a respirar. Ahora, también ella había muerto y escuchar hablar de ella me hacía sentir acompañada. Mamá me contó cómo era periodista y había vivido en unos años donde no era fácil ser mujer, estar divorciada y mantener a sus hijos. Me contó que sus libros favoritos eran de ciencia ficción y que, si buscaba bien, debía de encontrar también en algún rincón los cuadernos que se había propuesto transformar en una novela que nunca había terminado.

Mi nueva recámara tenía una bóveda y una cama con un colchón suave, todo en tonos azules. Había traído conmigo mi ropa, mis peluches favoritos, mi diario; lo que cabía en una maleta. Trataba de no recordar demasiado la casa que habíamos dejado atrás ni tampoco todas las cosas que habíamos tenido que vender. En un par de meses la vida había cambiado por completo y con un suspiro acomodé una foto de los tres: papá, mamá y yo; una foto tomada en el jardín donde yo vestía mi traje de bailarina y los dos me abrazaban.

Mamá me había comprado antes de irnos unas calcomanías en forma de estrellas que podían pegarse a la pared y brillaban en la noche. Las acomodé sobre la bóveda y puse la ropa en los cajones y en el armario. Por la ventana podía verse el lago y, a un lado, las tejas de otras casas, cada una separada de la otra por varios kilómetros. Esto era tan distinto de nuestra ciudad donde todas las casas del barrio estaban pegadas unas a otras y donde los vecinos se saludaban cuando salían, porque a fuerza de vivir pegados conocían el nombre y la historia de todos y cada uno.

Antes de acostarme redacté una larga carta para mi mejor amiga donde me quejaba amargamente de haber sido expulsada a la última frontera del mundo en un lugar donde sólo vivían borregos y algunos leñeros (no tenía idea si eran leñeros, pero algo tenía que contar y ésta era la idea que me hacía de las personas que habitaban las otras cabañas). Así llené tres cuartillas, ida y vuelta de puros reproches. No le dije que desde mi ventana el lago se veía hermoso ni que la luna se reflejaba en él. Tampoco le hablé de mis estrellas que contemplé durante largo rato porque no quería llorar. No quería aceptar que estaba triste, de lejos era mejor estar enojada y me quedé dormida.

En los días siguientes, descubriría qué tan distinto era vivir más allá del fin del mundo.



## CAPÍTULO 2

Al día siguiente mamá me acompañó hasta la oficina de correo, caminamos unos cuarenta minutos para llegar al pueblo, pero el día estaba despejado y los paisajes hermosos. El pueblo no era más que un par de calles y las tiendas con los esenciales, pedí los timbres y el encargado se inclinó hacia mí. Tenía un bigote muy poblado y al igual que los demás hablaba cantadito:

- La pequeña se parece mucho a la abuela, ¿verdad? -

Eso dijo, nada más, y mamá se rio y me guio hasta la salida. La frené de la manga:

- ¿Es cierto? ¿La abuela pasó mucho tiempo aquí? ¿Tú también? Veo que conoces a mucha gente. ¿Por qué yo no conocía el lugar?

Acribillada por mis preguntas, mamá me llevó a tomar un chocolate caliente, a la única cafetería que daba al lago y tenía mesas adentro y afuera, mucha madera y el mejor chocolate caliente que he probado en mi vida rematado de una generosa cantidad de crema chantilly. Mis nervios se iban calmando mis nervios y mientras yo enfriaba el espeso líquido, mamá habló; tiene una voz suave y puede hablar mucho tiempo sin que nadie se aburra. No lo hacía a menudo, pero cuando se decidía a contar una historia cautivaba la atención de cualquiera. Durante su relato, miró mucho por la ventana hacía el lago y de vez en cuando me acariciaba la mano como para hacerme saber que estaba consciente de mi presencia.

- Este lugar es un santuario, Isabelle, un refugio para mujeres podría decirse. Tu abuela se enamoró muy joven de un hombre que estaba por casarse, era un matrimonio de conveniencia, pero él tenía que cumplir y ellos nunca pudieron estar juntos. Entonces tu abuela partió y estuvo en muchos países andando y trabajando. Luego, encontró este lugar y en él supo que podría curarse y volver a vivir. Sólo leía y escribía y así se recuperaba. Cuando por fin volvió al mundo no tardó en hallar marido y me tuvo a mí. Tu abuelo al igual que tu papá nunca se enteró de la cabaña. Era un secreto bien protegido y yo había venido de soltera, a veces con tu abuela, a veces sola. La abuela pasó muchos meses cuando ya no trabajaba intentando escribir un libro que nunca acabó. Por mi lado, yo también estuve aquí unas semanas, recién terminada la carrera de farmacología para escoger qué iba ser de mi futuro. Como te decía éste es una especie de lugar sagrado al que no podía llevarte porque aún no era tiempo y porque tu papá no debía enterarse.
- Entonces, ¿es una cabaña secreta, mamá?
- Es un lugar mágico. Ojalá también para ti funcione la cabaña y las dos podamos curar nuestras heridas antes de regresar al mundo. Es verdad que cada día te pareces más a la abuela: eres terca como una mula y sabes ser muy irónica. Trataremos de hallar un retrato o una foto para que pueda enseñarte cómo era tu abuela de joven. Hasta quizás, algún día, escribas un libro. ¿Quién sabe? Por el momento, debemos de preparar tu regreso a la

escuela y puedes aprovechar estas semanas para conocer el lugar y familiarizarte con los caminos.

Nada dijo de papá ni de la falta que nos hacía a las dos, pero comprendí que el dolor era de ambas y casi agradecí no estar en un lugar donde tuviera que recordarlo todo el tiempo. Nos fuimos del café abrazadas y siguiendo su consejo me fui al bosque a hacerme amiga de mi nuevo hogar.

- Te veré en casa. – le dije a mamá y ella me sonrió antes de emprender el camino de regreso.

A un costado del pueblo estaba la entrada con varios senderos para caminata, uno de los caminos él que indicaba ser el más corto iba a dar a un claro y en centro del claro una gran piedra, contra ella me recargué para descansar de la caminata y ahí, por primera vez desde hace unos meses, pude llorar a gusto, lejos de las miradas y hasta perder el aliento.

Cuando volví mamá tenía preparada una sopa de cebolla, mi favorita, y comimos las dos a la luz de unas velas que encontramos en un cajón de la cocina. Mamá dijo que había encontrado un baúl con algunas fotografías y también un retrato. Aunque la sopa estaba deliciosa me apuré lo más que pude y hasta lavé mi plato.

- Lista, ya podemos ver el baúl.- Mamá que no había terminado se río y terminó su sopa a toda velocidad.

Nos acercamos al baúl, era verde con púas de metal, estaba rodeado por agarraderas de cuero y cuando lo abrimos se escapó un olor a humedad. Era como desenterrar un tesoro. Adentro había cajas de piel con alhajas y también varios álbumes. Había fotografías en sepia que la verdad daban un poco de miedo. Estaba mi abuela y también sus padres vestidos de negro. Luego, había unas más recientes donde aparecían mi mamá y la abuela juntas y era cierto, las tres teníamos un parecido imposible de negar. También había unas fotos de mamá cuando era muy pequeña y tenía un copete horrendo y hacía cara de puchero. Me reí mucho y le hice un poco de burla por las muecas.

- Es porque no te acuerdas cómo era tú de pequeña- me dijo en son de broma.

Al final, en el fondo del baúl desenterramos un retrato hecho a lápiz donde aparecía la abuela con una cara muy seria, estaba de medio perfil con una camisa de lino aunque el retrato se enfocaba sobre todo a la cara. Sus rasgos eran los míos, la misma nariz delgada, la boca pequeña en forma de corazón y la mirada. Me impresionó la semblanza y sentí tristeza de no haber conocido mejor a la persona de quien, quizás, había heredado más de lo que sospechaba. Acompañando el retrato se encontraba un fajo de hojas, tecleadas en máquina de escribir, atados con una cinta de seda. En los márgenes había anotaciones en lápiz, correcciones imaginé y mamá pareció reconocer la letra:

- Ésta debe ser la novela de la abuela. Las cartas y el resto de lo que pudo escribir me



pidió que lo quemará así que eso es lo que queda. Lo puedes leer si te interesa.

No tuvo que repetirlo dos veces. Esta misma noche, me llevé el legajo a la cama y con ayuda de la lamparita de buró fui descubriendo el manuscrito hasta que el alba empezó a despuntar y la luz se hizo camino por la ventana. Desperté hacía el medio día y todavía me faltaba bastante por leer. Sin embargo, mamá había elaborado otros planes para nosotras. Una cesta con comida me indicó que íbamos a pasar la tarde fuera y, a regañadientes, abandoné el libro.

En el pueblo, que para entonces ya había apodado *El Fin del Mundo*, pasamos a la tienda principal que también era la única. El negocio era atendido por una pareja en sus cincuentas y era como un súper mercado con todo tipo de cosas. Vendían desde el periódico, la leche, pescado, carne y medicinas. Los estantes de metal estaban repletos. La dueña del local nos explicó:

- Cuando el invierno llega, muchas veces la carretera queda cortada y más vale estar bien surtidos.

Puse una cara de preocupación terrible. ¿Qué quería decir esto? Estaríamos completamente cortados del mundo, la idea era espantosa pero la gente del lugar no parecía estar preocupada, debían de estar acostumbrados, pero yo pasaba de una sorpresa a la otra. Mamá compro dos cañas de pescar y también unos anzuelos que por fortuna era de plástico. Había visto los recipientes de plástico donde guardaban moscas verdes y lombrices, algo que no estaba dispuesta a agarrar con las manos.

Descendimos hasta el lago que de cerca se apreciaba mucho más grande que desde la ventana. En un banco de arena nos acomodamos y mamá me enseñó a lanzar el hilo, amarrar los anzuelos y a fijar la caña en la arena.

- Mamá, eres toda una exploradora de la naturaleza. – le dije, sinceramente impresionada porque no había visto a mi mamá más que en su bata de trabajo o adentro de la casa, ella me guiñó un ojo.

Una vez que estaban en posición me quedé parada pensando que de inmediato iba a sacudirse la caña y tendría un jugoso pez en la línea, pero mamá sacó de la canasta una novela y se acomodó en el suelo:

- ¿Y ahora qué? – pregunté un poco desesperada.
- Ahora nada. Hay que esperar, pero ya vendrá, mientras puedo leerte algo si quieres.

Me senté y ataqué el salami que teníamos guardado mientras mamá iba leyendo *Mujercitas*, uno de mis libros favoritos. De vez en cuando la historia se ponía muy tensa y entonces mamá se mordía el labio inferior antes de continuar, un tic que ha tenido desde que tengo memoria. Yo vivía suspendida de su voz y de las hermanas que habitaban esa casa. A la mitad, hizo una pausa para descansar y tomar agua, quiso saber cómo avanzaba el libro de la abuela:

- ¿No lo has leído? - era extraño que ella no lo hubiera hojeado.
- No, tu abuela me platicó que estaba escribiendo, pero nunca quiso enseñarme nada así

que preferí dejarlo en paz.

- Es bastante raro, habla de una vieja leyenda y de una isla olvidada donde las mujeres tienen poderes mágicos. Algo pasa y el personaje principal tiene que abandonar su mundo para irse a vivir a la isla.

Mamá estaba viéndome sin parpadear, parecía sacudida por mis palabras y no entendía muy bien qué podría haberla perturbado. Pronto nuestra plática quedó interrumpida porque mi caña empezó a moverse y ladearse hacia adentro del lago. Entre las dos corrimos a sostener la caña y jalamos del torniquete un pez que medía lo que mis dos manos juntas y que agitaba sus escamas, reflejando el sol. Estaba muy bonito y entre más lo miraba menos podía pensar en comérmelo. Mamá estuvo de acuerdo conmigo y lo liberamos en el agua. Dio un salto y se alejó soltando burbujas. Me sentí aliviada:

- ¿Qué vamos a cenar?
- Ya haremos crepas- mamá se encogió de hombros y regresamos a la cabaña.

En la noche, mamá me platicó que había un colegio en una ciudad cercana. Ahí podría terminar mi último año de secundaria. Tomaría un camión por las mañanas y el mismo me regresaría en las tardes.

- ¿Te sientes lista para volver, Isa? – sabía que mamá estaba inquieta y que no sabía si podía volver después de lo de papá, pero me sentía lista, tenía miedo, pero también quería volver a la normalidad.
- Lo estoy, Ma, te lo prometo. – la abracé.

Todavía me separaban varias semanas antes del regreso a la escuela y dividí mi tiempo entre largas caminatas y estancias prolongadas en el estudio que se había vuelto mi cuarto favorito. Terminé el libro de la abuela y me pareció bastante bueno. Quién sabe por qué no se había animado a enseñarlo a otras personas o publicarlo. El país del que hablaba era tan fantástico, tan diferente que me dieron ganas de conocerlo.

Una tarde estaba tratando de alcanzar uno de los estantes más altos de la pequeña biblioteca, había arrimado la silla y sobre la silla había puesto un cojín y ahí estaba en un equilibrio precario balanceándome para poder agarrar un volumen grueso, de pasta marrón, que me parecía especialmente atractivo. En algún momento las patas de la silla perdieron su punto de balance, intenté retenerme de los libros y de la madera, pero el resultado fue que caí contra el suelo sepultada por varios manuscritos.

Me sobé la cabeza y supuse que no tardaría en hacerse visible un chichón de proporciones mayores. No podía dejar el regadero así que volví a la silla y al cojín para intentar minimizar el desastre. Al acomodarlos me topé con una resistencia y puse los pies en punta. Descubrí que pegado a la pared del librero, había una caja de madera. Era una caja de madera tallada con flores, deslicé la cubierta y dentro había un papel, por el color deduje que ya debía de tener un

tiempo en ese lugar y sobre él habían escrito unas frases con tinta de pluma fuente. La caligrafía era elegante, estirada, las letras tenían patas muy largas y decía lo siguiente:

*Cuando escuches la llamada de la luna y los gatos hablen por tu ventana sigue el sendero y déjate llevar. Te espera la aventura, es ella la que llama.*

El mensaje estaba de por sí bastante críptico. Además, me parecía reconocer la letra. Me propulsé hasta el cuarto y debajo de la cama saqué el libro de la abuela y puse juntos las anotaciones de los márgenes y el mensaje de la cajita: era la misma letra. Tal vez la abuela había estado jugando con alguien, había imaginado un rally y ésta era una de las pistas o tal vez, y por ello no mencioné el incidente a mamá, la abuela se había vuelto un poco loca e imaginaba cosas que no existían. Guardé el papel entre mi diario y me enfoqué en no pensar más ello.

Me era muy difícil, continuaba dándole vuelta a las frases, a ver si tenían algún sentido escondido. Qué tal que la abuela hubiera heredado o descubierto un tesoro y luego lo hubiera enterrado. Era posible que ella misma hubiera olvidado la locación o hubiera puesto claves en la casa para que nosotras pudiéramos hallarlo. Cada vez que mamá salía, yo aprovechaba para poner el estudio patas arriba, bajé y subí libros, tanteé la madera en busca de un escondite o un pasadizo secreto. No le dije nada a mamá, era como tener un secreto con esta abuela que ya no estaba.

No contaba con mucho tiempo porque mamá salía principalmente para el mandado y regresaba bastante rápido y tuve que optar por aventurarme de noche. Para poder atravesar la casa debía de esperar un largo rato. Desde la muerte de papá, mamá no dormía bien. Antes tenía el sueño muy pesado, pero desde aquello tardaba horas en dormir y a veces la escuchaba caminar sobre el parqué; se quedaba la noche en vela. Me pegaba a su puerta entreabierta y escuchaba su sueño hasta captar en la respiración monótona mi oportunidad.

Entonces me deslizaba hasta el estudio y avanzaba en mis pesquisas que hasta el momento eran un total fracaso. Pensé que la luz de la luna me podría ayudar y en luna llena me fijaba en el trazo que el reflejo producía en el cuarto, pero no iluminaba un lugar en concreto. Daba sobre el escritorio que había revisado hasta el cansancio y que no escondía ningún secreto. No había ni un solo gato a la redonda y con la claridad del día la aventura era algo descabellada.

Decepcionada, terminé por abandonar mi búsqueda y concluir que aquel misterioso papel era una simple broma que mi abuela ya no podría explicar. Continué leyendo cualquier libro que me cayera a la mano hasta olvidar la existencia misma del televisor. La vida con mamá adquirió un ritmo apacible y empezaba a disfrutar de *El Fin del Mundo*. Había recibido varias cartas donde mis amigos me ponían al tanto de todos los chismes de la ciudad y me invitaban a pasar con ellos las siguientes vacaciones. Les escribí de vuelta y esperaba con una mezcla de aprehensión y de gusto el inicio de mis clases.

La noche que me llamaron, me había acostado temprano y no me tenía idea de lo que me esperaba.



## CAPÍTULO 3

Mamá y yo habíamos decidido repintar la cabaña por fuera y la semana se había ido en la compra del material y la decisión del color. El trabajo manual nos dejaba exhaustas y con dolor de espalda. Así que cuando escuché mi nombre entre la oscuridad de la casa pensé simplemente que estaba soñando. Fue la tercera o la cuarta evocación de mi nombre que me sacó de cama.

Al principio no estaba asustada pero luego pensé que tal vez mamá se estaba sintiendo mal o necesitaba algo y me estaba llamando. Me acerqué a su recámara y empujé la puerta. El cuerpo de mamá se adivinaba bajo el edredón, tenía una pierna colgando fuera, y se escuchaban ronquidos. La voz volvió a murmurar: Isabelle, Isabelle, y tuve que aceptar, ahora sí con temor, que provenía del estudio.

Sin atreverme a prender la luz deambulé entre los estantes y aunque me golpeé con el escritorio terminé por ubicarme en la semioscuridad. La luna y su iluminación flotante me permitían cierta visibilidad. La voz había callado, pero algo o alguien estaba golpeando la ventana; pegando la nariz al cristal pude ver que se trataba de un gato blanco con una larga cola peluda, con ella hacía el ruido sobre el vidrio y abrí los postigos.

Entonces aquel animal se introdujo sin pedir permiso y de un brinco se acomodó sobre el escritorio. Me miraba fijamente y cuando habló reconocí la voz que había estado llamando, tenía la voz aguda, sonaba como un globo al cual se le aprieta la salida y se le suelta el aire:

- Isabelle, es hora. -

Ahora sí, pensé, me he vuelto completamente loca. Hay una gata en el estudio que habla y me invita a ir con ella. Por supuesto, me acordé del mensaje de la abuela y decidí seguirle la corriente, pudiera ser que todavía estuviese durmiendo y a punto de despertar:

- ¿Lista para qué? ¿Maullar a la luna? - La felina no se inmutó con mis dudas ni con el tono burlón.

- No puedo explicarte, el tiempo apremia, ¿vienes?

Esta última pregunta fue retórica porque, antes que tuviera presencia de espíritu para contestarle, la cola blanca se había escabullido por la ventana. Yendo tras su rastro me encontré al aire libre, el clima había refrescado y la hierba me raspaba los pies y los tobillos; la alcancé corriendo, la felina estaba acompañada por otros seis gatos de menor tamaño que debían ser sus hijos. Al parecer estos todavía no dominaban el arte del habla y sólo ronroneaban o emitían pequeños maullidos.

- ¿Puedo saber al menos tu nombre? - Le pedí mientras avanzábamos, tan rápido que jadeaba.

- Alazar, es mi nombre, aunque de poco te servirá saberlo. No volverás a verme y si lo haces no debes llamarme. Después de todo, soy un común gato de casa.

Se ríó con su tono metálico, pero el sentido del humor gatuno todavía me era ajeno así que me limité a asentir, convencida de que Alazar era cualquier cosa menos un gato común. *El Fin del Mundo* estaba silencioso, en sus casas los habitantes dormían con profundidad y nadie reparaba en mi fuga. Llegamos desapercibidos hasta el lago y Alazar hizo seña de que me detuviera.

Una barca nos estaba esperando y en cuanto estuvimos instalados adentro me di cuenta de que carecía de remos. Un ruido por debajo de nosotros me explicó que no íbamos a necesitarlos. Un banco de peces plateados, como el que había agarrado y soltado hace algunas tardes, se había formado justo debajo de la madera y pronto comenzamos a deslizarnos sobre el agua, ésta se veía negra por la oscuridad y lo único distinguible eran las escamas de plata que nos daban movimiento y reflejaban la luz de la luna.

Me senté a observar los peces, tratando de adivinar si uno de ellos era quizás él mismo que la tarde de pesca. El viento echaba mi cabello hacia atrás y me golpeaba la cara. Si aquello era un sueño, ya no estaba tan segura de desear despertar me sentía capaz de andar en el agua por un largo rato. Tomamos rumbo hacia la derecha, hacia las rocas y a la misma velocidad.

Frenamos de golpe al alcanzar una roca más grande que las otras que estaba recubierta de musgo como si se hubiera dejado crecer la barba. Los peces se dispersaron a los lados de la barca sin alejarse demasiado, algunos daban saltos y otros permanecían en grupos de tres o cuatro. Alazar ordenó silencio y el agua misma se tranquilizó. Yo aguanté la respiración y miré de frente la roca negra.

Fue cuando Alazar empezó a cantar. Las primeras tonadas continuaban teniendo el toque metálico, pero este fue desapareciendo poco a poco para dejar paso a una voz aguda y sin embargo tranquilizante. Yo nada entendía de las palabras del canto que sonaban a una vieja canción de cuna, pero cuyo lenguaje yo ignoraba. Los gatitos la miraban con admiración y los peces aguardaban estáticos. Terminó el canto.

Luego, la roca se movió con un ruido espantoso hacia abajo, venía sobre nosotros y, en algún momento, pensé que iba a pegarnos. Sin embargo, reveló a su paso la existencia de unas escaleras labradas que conducían hacia arriba, hacía una gruta o un camino invisible. La roca se detuvo a nuestros pies. Alazar me mostró los peldaños con la pata y yo le contesté con una mirada que decía claramente que yo sola ni loca y que ella fuera primero, pero me contestó:

- Yo sólo soy la que abre la puerta. Debes ir y debes ir sola.

Acomodé el pie sobre las escaleras y de inmediato sentí un escalofrío, la roca estaba helada y además tenía una capa de musgo resbaladiza. Menos mal me había ido a la cama con mi pijama más caliente y ahora agradecía la tela suave que me protegía del frío. Me quedé varada en el primer escalón, pero Alazar me instó a que siguiera y alcancé la última parte para ver que los peces habían regresado a su puesto y la barca empezaba a dar la media vuelta para regresar a la costa. Quise despedirme con la mano, pero ya no estaban viendo en mi dirección y quedé frente a

un pasillo redondo del cual no se adivinaba el fondo.

Del techo de la gruta se desprendían gotas que iban mojando mi cabello y así, en la penumbra, avancé un largo trecho. Las manos hacia adelante, temiendo caerme o chocar con alguna pared. El camino, sin embargo, continuaba derecho y antes que pudiera acostumbrarme a la falta de luz distinguí una apertura que daba hacia el exterior. Por el hueco resplandecían los rayos de un sol que anunciaba que, donde fuera que estuviese llegando, era de día.

Este encuentro con la luz me cegó por varios minutos, parpadeé hasta ser capaz de abrir los ojos por completo y me descubrí encima de una colina; frente a mí se extendían campos que parecían no acabar jamás, había otros montes y en el fondo del valle corría un río que sonaba en medio de la noche. Recuperé el aliento frente a este paisaje que era, de lejos, lo más hermoso que hubiera conocido, se alcanzaba a ver los trazos del campo y sus cultivos, pero no alcanzaba a ver los colores.

El aire pasaba ligero por mis brazos y traté de adivinar una silueta humana, una persona a quien pudiera preguntarle hacía dónde ir. Podría ser una de estas pesadillas donde piensas ver a alguien y cuando estás por encontrar la solución a tu enigma despiertas. Pensé que seguía durmiendo. Lo sensato era seguir el río pues de ir a campo traviesa corría el riesgo de extraviarme en esta naturaleza sin fronteras.

Bajé hasta el río que era más ancho de lo que podía apreciar desde arriba, del ancho de una calle de tamaño mediano y escuché el ruido tranquilizador de la corriente. Con un dedo de la mano probé su temperatura y de inmediato lo retiré, el agua estaba helada. Empecé la caminata desorientada porque no había a mi alrededor animal alguno. Ni vacas, ni caballos ni restos de casas ni la menor señal de la existencia de un pueblo en la cercanía.

Cuando ya había subido y bajado por varias colinas llegué a una planicie donde la hierba había crecido tanto que sobrepasaba mi estatura. A través de este pasto de tamaño poco natural estaba trazado un sendero de grava y sobre los bordes del camino estaban instalados una fila de conejos blancos. Conejos gordos y risueños que movían la nariz y me miraban. Me acordé de *Alicia en el país de las maravillas* y albergué la esperanza de que alguno de ellos fuera a enseñarme por dónde continuar. Por el contrario, los conejos me observaron, agitaron la nariz como si estuvieran burlándose de mí y cuando me quise acercar se echaron a la fuga a través de la hierba. No pude seguirlos ni los volví a encontrar y continué por la misma senda.

Luego de ver desfilas esta hierba hasta que la planta de mis pies pidiera reposo - las piedras se estaban enterrando en mi piel - divisé una verja de metal y una puerta. Al fondo se alzaba la silueta de una casa y cuando me acerqué pude ver la hiedra que impedía adivinar el color original de la construcción. La mayoría de las ventanas estaban cerradas. Unas ya habían perdido sus postigos y otros yacían a un lado, la madera podrida por la humedad. A la casa se le notaban muchos años y una falta de mantenimiento.

El jardín estaba descuidado, las hierbas malas se infiltraban por doquier junto a las flores salvajes y fuertes robles habían extendido sus ramas, las hojas dejadas a la merced del viento. Una vez más me impresionó la ausencia de una presencia humana y llamé primero con tono apagado y después gritando sin que nadie respondiera. La puerta principal era también de madera con huecos tallados en forma de luna. Al empujarla, la hallé sin cerradura y la casa entré.

Ni lámparas ni velas aclaraban la estancia, sus paredes forradas de un tapiz con motivos flores mostraban grietas y en las esquinas el papel tapiz comenzaban a desprenderse. La estancia daba sobre otras dos puertas y hacia el frente una escalera que exhalaba un olor a moho. Más bien, ese aroma a decrepitud invadía todo el ambiente de la vivienda y no pude evitar un escalofrío. Era como si la casa misma estuviera triste por su destino, como si fuerzas ajenas la estuvieran sumiendo en este estado y ella se hubiera resignado a su destino.

Un lugar sin amor y sin alegría. Al menos podría resguardarme en sus paredes durante la noche, si es que no despertaba antes, y aguardar hasta el nuevo día. Quería explorar el piso superior y a pesar de mis reservas sobre la solidez de los escalones marché hacia arriba. Éstos crujieron quejándose de mi peso, pero aguantaron hasta el rellano de la planta alta. En el pasillo había varias habitaciones cerradas, aunque la última estaba entreabierta y al acercarme escuché murmullos.

Dos voces sostenían una conversación, voces femeninas, y asomé la nariz por la apertura. El centro de la recámara lo ocupaba una cama de hierro forjado con baldaquín del cual se soltaban cortinas de tul. Encima de la cama varios edredones cubrían una forma humana y a un lado había una silla y sobre ella una chica con un vestido plateado. De entre los almohadones me habló una mujer:

- Entra, Isabelle, te estábamos esperando.

La habitación se encontraba en mejor estado que el resto de la casa, del techo colgaba una araña de cristal que difundía una luz suave y en una de las paredes ardía en la chimenea un fuego que empezó a calentarme. La chica se paró y me hizo una corta reverencia, su pelo lacio era de un rubio muy claro, sus facciones señalaban que debía tener algunos años más que yo. A la mujer sumida entre las almohadas no la alcanzaba a distinguir, pero continuó hablando:

- Acércate un poco más, pequeña. Tamaya, instala el espejo. - Entonces la chica tomó un espejo de por debajo de la cama y lo acomodó encima de la dama que así podía verme sin moverse o sin que yo pudiera adivinar su rostro. - Te pareces mucho a tu madre, eso es bueno.
- Gracias. - Balbuceé porque la escena era ya bastante extraña y no sabía qué decir. Estas personas conocían mi nombre y aparentemente también a mi madre. La anciana volvió a dirigirme la palabra, me imaginé que era así, vieja, porque su voz, aunque firme a veces temblaba y poseía ese tono de autoridad de las personas mayores.



- Isabelle, has respondido al llamado. Ahora debes cumplir tu misión. El *Katar* ha caído en las manos equivocadas y nuestro mundo está amenazado. Sólo tú puedes ayudarnos, si aceptas, y cambiar nuestro destino. Debes hacerlo a conciencia de que la aventura será difícil y puede resultar peligrosa.
- ¿No estoy soñando? Estoy soñando, ¿no?
- Depende lo que consideres un sueño.
- ¿Qué pasará con mi madre? Estará preocupada por mi ausencia.
- El tiempo en nuestro mundo pasa más lentamente que en el tuyo. Es probable que tu madre no sé dé ni siquiera cuenta y que estés con ella mañana a la hora de despertar. Sin embargo, puedes declinar nuestra oferta y te indicaremos el camino de regreso.

Yo no soy ninguna cobarde y aunque no entendía porque me necesitaban a mí para rescatar eso que había mencionado antes, acepté. Si era un sueño de todas maneras, no perdía nada. La dama se despidió de mí y me aseguró que volveríamos a vernos en mejores circunstancias. Luego le indicó a Tamaya que me diera las instrucciones adecuadas y también un cambio de ropa, mañana estaría lista para partir. La muchacha me llevó a otro cuarto que sería el mío y desde el cual tenía una vista amplia sobre el campo.

Mencioné mi dolor en las piernas y entonces Tamaya frotó sus manos, se concentró durante un momento y pasó la palma de sus manos a unos centímetros de mis piernas. Sentí un cosquilleo y como el agotamiento iba desvaneciéndose de mis miembros. Cuando terminó acabé con una sensación agradable de tranquilidad y relajamiento. Intrigada, le pregunté:

- ¿Es magia?
- No, nosotras no creemos en la magia sino en *Snage*.
- ¿Es un Dios?
- Es el poder que todos tenemos de transformar la energía. Dios, nuestros cuerpos, la tierra, las plantas, todos somos seres vivos unidos en una misma corriente: el *Snage*. Si puedes manipularlo eres capaz de cualquier cambio. Tanto curar y hacer cosas maravillas como hacer el mal.

Esto último lo pronunció con melancolía y con cierta preocupación que no pude dejar de advertir. Me abandonó unos minutos que aproveché para cambiarme en un camisón largo que me habían proporcionado y un par de calcetines gruesos que agradecí infinitamente. Tamaya regresó con un caldo de pollo que humeaba y que bajó por mi garganta provocándome una felicidad indescriptible.

Tamaya me miraba con gusto y la seguí cuestionando. Me contó que el lugar donde estábamos se llamaba Antigua, la parte más vieja y sagrada de su mundo. Aquí, dijo con respeto, habita La Guardiania que conociste hace un rato. Existe una sola guardiania por ciclo y ella es la encargada de preservar el equilibrio de las fuerzas vitales, controla el *Snage* para que nuestro mundo se

mantenga en paz y lo hace a través del *Katar*, nuestro objeto más preciado. Durante su ciclo ella entrena la próxima guardiana. Adiviné que Tamaya era aprendiz de la Guardiana y me imaginé que debía ser un sacrificio vivir aquí sola con la anciana y con la responsabilidad de un mundo entero, reanudó:

- El *Katar* fue robado hace unas semanas, pero ignoramos de qué manera, una mañana ya no estaba en su cofre y desde entonces Antigua ha ido perdiendo sus fuerzas. La Guardiana ha enfermado y la casa misma comienza a deteriorarse. Pronto ese mal se extenderá a nuestros campos y a las provincias circundantes.
- ¿Cómo reconoceré el *Katar*?
- Lo sabrás cuando estés preparada. Para ello, mañana te dirigirás al Reino de la Niebla y su princesa te formará en nuestras artes. Después irás en busca del *Katar*.
- ¿Por qué yo?
- *Salish vell sertana*. – pronunció en un idioma desconocido- La sangre será la salvación. Solo tú nos puedes ayudar. No es mi papel decirte la razón ni explicártelo, pero es tu destino y debes confiar en nosotras.

Sobre esta nota se terminó la jornada y me hundí entre las cobijas, agotada y con una idea extraña: será que mi vida en el Fin del Mundo era un sueño y mi vida en Antigua la realidad. Me pregunté si esta noche iba a soñar con mi vida en el otro mundo, pero resultó una noche profunda aunque corta y sin sueños. En la madrugada, me despertó Tamaya con la que compartí un pedazo de pan. Luego, ella me tendió mi ropa nueva: un vestido de lana de un azul oscuro, nocturno, y una capa del mismo color que se abrochaba en el cuello con un medallón en forma de media luna. La capa contaba con un capuchón para protegerme de la lluvia y a pesar de mis temores el vestido no picaba y me protegía del aire. Las botas de piel se ataban con cordones y subían hasta debajo de las rodillas. Estaba lista.

Tamaya me prometió que me despediría de la Anciana y me entregó lo que yo imaginaba como una brújula. Era un objeto redondo con un mapa en el centro y varios puntos señalados con el brillo de un rubí. Una aguja se movía en el centro. Tamaya se ríe ante mi desconcierto:

- Mientras vayas en la dirección correcta la aguja se mantendrá en el centro, si te alejas de tu objetivo se agitará y sabrás que debes rectificar la ruta. ¿Entendido?

Agité la cabeza, aunque hubiera preferido un mapa de verdad. Este funcionaba como tal, los rubíes eran los puntos donde debía ir, con esmeraldas estaban trazados los bosques y los zafiros marcaban los ríos y lagos. Debía de ser una brújula tan valiosa como cara y decidí consultarla sólo si fuera urgente, perderla no me hacía ninguna gracia. Tamaya también me entregó un morral que contenía una bolsa de cuero para el agua, un emparedado y dos manzanas.

- Si vas lo bastante rápido deberías de llegar al Castillo de la Niebla antes de la noche. Sería lo más prudente. El Bosque de los Anhelos es peligroso a la caída del sol. El único

consejo que puedo darte es que mantengas tus oídos cerrados. Ahora ve, Isabelle, y por el bien de nuestro mundo rescata el Katar. Eres nuestra última esperanza.

## CAPÍTULO 4

El Bosque de los Anhelos resultó ser una foresta densa y poblada de animales invisibles, pero ruidoso porque, aunque no podía verlos escuchaba sus pisadas y movimientos entre la vegetación. A veces sentía también la mirada de ojos disimulados tras los troncos que me revisaban y me ponían nerviosa a pesar de mis esfuerzos por alejar las preocupaciones. Bastaba atravesar el bosque para llegar al Reino de la Niebla y las advertencias de Tamaya y de La Guardiania todavía resonaban en mis oídos. Nunca me habían encargado una misión tan importante y puesto que había dado mi promesa era responsable de hallar el Katar y devolverles el objeto sagrado. Cómo lo iba hacer quedaba por ver.

Cerca del medio día consumí mi emparedado y las dos manzanas, tomé un poco de agua y volví a la marcha. Aunque no podía advertir los cambios en el bosque porque no lo conocía de antes, me sorprendió el cambio de estación. Mientras en Antigua habría podido ser el final del verano aquí, el otoño parecía avanzar con rapidez. Algunos árboles ya estaban cambiando de color, sus hojas se tornaban amarillas y cafés y el follaje empezaba a caer.

El sol comenzó a bajar antes de que pudiera llegar a destino. Todavía había luz suficiente para guiarme, pero volví a escuchar los consejos de Tamaya. No estaba preparada para enfrentarme a criaturas nocturnas, bestias de colmillos afilados y pupilas inyectadas de sangre. Tendría que pegarles con los puños, pues no tenía armas, o echarme a correr. Ninguno apareció, pero una silueta cruzó frente a mí envuelta de negro. Escondida tras un árbol, la figura me habló y su voz era la de papá, clara y profunda como la recordaba.

- Isabelle, Isabelle.

Me acerqué donde pensaba que se escondía la silueta y las posibilidades se agolparon en mi mente. Era imposible que papá estuviera aquí, pero todo lo demás era tan extraordinario que me aproximé al árbol. La silueta se movió hacía otro grupo de troncos. Deseaba tanto volver a verlo, aunque fuera una sola vez que corrí hacía el escondrijo y la figura volvió a escabullirse. Así emprendimos una fuga a través del bosque donde me parecía que estaba por tocarlo, por verle la cara y desaparecía de nuevo. No supe por cuánto tiempo lo estuve persiguiendo hasta que llegamos a una zona despejada donde se plantaba una cascada y un estanque de agua.

Alcancé a distinguir que la silueta se había lanzado a las aguas y en efecto al asomarme vi el rostro de papá, sus grandes ojos y sus cejas pobladas, que me miraban y la voz, una vez más, llamó mi nombre. Estaba dispuesta a zambullirme, a buscarlo hasta el fondo del manantial si fuera necesario y desaté los cordones de mis botas. Sólo al entrar en contacto mi piel con las temperaturas heladas del agua, recuperé la cordura antes de echarme a las aguas. Mis anhelos me estaban traicionando y el bosque quería atraparme, engullirme debajo de la cascada.

Como me lo había advertido Tamaya, tapé mis oídos y me volví sorda. El rumor de la cascada se apagó, la voz de papá ya no me alcanzaba y pronto su rostro también se desdibujó. El bosque me había engañado mostrándome lo que más quería ver y enfundé las botas, ahora sin atarlas, y con las manos puestas firmemente sobre las orejas corrí, corrí hasta perder el aliento y dejar los árboles a mis espaldas. Sobre mis mejillas azotaba el viento y en mi boca se infiltraba el gusto salado de las lágrimas. Cuando me detuve, el llanto sacudía mis hombros y tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para sobreponerme y sacar de su envoltorio la brújula.

La aguja estaba quieta y al levantar la mirada entendí que me hallaba ya en el Reino de la Niebla.

## CAPÍTULO 5

Una colina se alzaba y sobre ella un castillo de aspecto fantasmal, de piedras grises y elevadas torres. La obscuridad envolvía los alrededores, pero en la base de la colina y subiendo por los costados de la muralla trepaba una densa niebla plateada que resplandecía y subía como si quisiera saltar las paredes e introducirse en el castillo. Me desorienté al subir la cuesta, este humo tan espeso confundía las formas y me impedía ver más allá de mis propios pies.

Las puertas del castillo se elevaban varios metros, impenetrables y tuve que estirarme al máximo para alcanzar el cordón de la campana. Ésta resonó un par de veces antes que se asomara por una ranura un hombre:

- Nombre y contraseña.

¿Nombre y contraseña? Tamaya no había mencionado nada de una contraseña. Removí el capuchón de mi capa dejando el rostro a descubierto y los ojos del hombre se fijaron en el medallón de media luna. Dije:

- Soy Isabelle, vengo de parte de la Guardiania y estoy aquí para ver a la princesa.

La puerta se abrió un poco más, apenas lo suficiente para dejarme pasar y el hombrecito me hizo unas señas apuradas:

- Rápido, antes que nos gane la niebla.

Empujando mi cuerpo, logré pasar del otro lado y de inmediato el mismo hombre la cerró tras de mí. Era corto de estatura con las facciones redondas y la espalda encorvada, caminaba con una leve cojera y mientras cruzaba el patio soltaba maldiciones. “La niebla, la maldita niebla...” repetía y al voltear para atrás entendí su miedo. A pesar de la rapidez con la que había entrado, se había alcanzado a colar un leve rastro de niebla que intentaba hacerse lugar por la fortaleza. Adentro, el aire estaba despejado, varias antorchas iluminaban las almenas y la sombra de algunos soldados que montaban guardia en los pasillos.

La gran sala donde me introdujo el hombrecillo estaba cubierta de techo a piso por tapicerías y bordados representando escenas de caza o de hombres y mujeres cantando, leyendo o paseando por jardines. En el centro de la pieza había una mesa alargada y en la cabecera una mujer que debía acercarse a la edad de mamá, sobre su cabello castaño ya se notaban algunas canas, pero que sobre todo impresionaba por su belleza. Tenía el rostro recargado sobre una mano y la frente plisada como si la acogiera una gran preocupación. A su izquierda y su derecha se mantenían erguidos en sus sillas dos hombres jóvenes, de facciones iguales, gemelos que habían heredado la belleza de aquella que debía ser su madre.

Al verme entrar, los dos hombres que estaban vestidos con cota de malla se levantaron y me registraron con sospecha. Su madre les hizo una señal y les ordenó:

- Malick, Marrien, pueden retirarse.

De inmediato, los jóvenes recogieron sus arcos y el carcaj de sus flechas y con un chiflido, llamaron dos perros de color marrón, delgados y con la nariz fina que se colocaron a lado de cada uno y se eclipsaron por una salida lateral. La señora me invitó a tomar asiento y con timidez me instalé cerca de ella. Me miró dulcemente y me regaló una sonrisa tan hermosa, tan perfecta que al instante me sentí en confianza:

- Isabelle, soy la Princesa del Reino de la Niebla. Bienvenida seas puesto que traes contigo la bendición de la Guardiania. Los que nos abandonaron hace un momento son mis hijos, jóvenes e impulsivos y esta noche no estoy de humor para presentaciones formales.

Me limité a sonreírle de vuelta. Era por un lado de una belleza impactante, pero también se sentía una debilidad, una aflicción que provocaba ganas de protegerla, de tomarle la mano o abrazarla. Mañana mismo, me comentó, empezará tu entrenamiento, aunque, por esta noche, me gustaría mejor hacer un brindis contigo. Al pronunciar estas palabras, el hombrecillo de hace un rato apareció con una bandeja y dos copas labradas en plata. En ellas vertió un líquido espeso de un morado muy intenso.

Ella alzó el vaso y le seguí el gesto:

- Salish vell sertana- pronunció, solemne.
- Salish vell sertana- repetí yo.

La bebida era un licor de moras muy dulce y caliente que quemaba ligeramente la garganta y reconfortaba en cuanto bajaba al estómago. La vajilla estaba tallada en aluminio con una decoración de hojas y ramas de vid que trepaban por los bordes de los platos y el centro de las copas. Los candelabros mismos se esculpían con la figura de ciervos y cazadores que se perseguían a través de los enseres. Nuestras copas fueron reemplazadas por vasos de agua y una rica comida; la princesa habló de su país.

Entre todas las provincias de nuestro mundo, me explicó con orgullo, ninguna tiene la naturaleza de este reino. Tenemos los pájaros más exóticos con plumas de todos colores, osos de suave pelaje, ciervos y ardillas que cantan a lo largo del día. Nuestra gente siempre se ha dedicado a la caza y a las artes, cantamos y escribimos en el vergel acerca de los dones de esta exuberancia que nos rodea. Versos y versos han alabado al sol y a los árboles y a la niebla también que ha estado con nosotros desde la creación de la tierra:

- Nada más bello que un amanecer en el bosque antes que la niebla se disipe cuando ella todo lo envuelve y lo cubre para protegerlo. – la princesa hablaba con nostalgia y sus ojos azules se empañaban- Esto era, al menos hasta hace algunas lunas. Desde entonces nuestro mundo está cambiando. La niebla ha crecido, ya no se evapora con las mañanas, y amenaza con invadir el castillo y perdernos. Los animales están asustados y pronto nos faltará comida.

Contagiada por su emoción me entraron ganas de llorar, en parte por las emociones que

cargaba desde mi llegada y también por la desdicha de ver un país tan bello desaparecer. En contestación, le relaté lo que había aprendido de la Guardiana, la pérdida del Katar, la misión que me habían encargado, así como los cambios que habían sucedido en Antigua, la princesa asentía como si estos datos fueran dándole explicaciones coherentes de lo que estaba sucediendo. Al finalizar mi narración realicé que estaba exhausta y la princesa se limitó a una última pregunta:

- Te atrapó el bosque, ¿no es cierto? Vi el miedo en tus ojos cuando entraste. ¿Qué te mostró?
- Mi padre. – dije con un nudo en la garganta reteniendo las lágrimas que amenazan con salir otra vez.

Tomó mi mano entre la suya, su piel suave y el calor que me transmitía me reconfortaron con el poder de un abrazo. Una corriente de energía positiva fluía hacia mí reparando la pena y los altibajos de estos días, quizás otros más profundos arraigados en los meses anteriores. Nos despedimos en la puerta de mi habitación y fui a descansar, orgullosa de tener a la princesa como maestra y poder aprender de una mujer tan sorprendente.



## CAPÍTULO 6

Al día siguiente, los que me estaban esperando en la sala principal eran Marrien y Malick, despojados de sus cotas de mallas, pero con atuendos propios de caza y con sus dos perros, me miraban ahora con aprecio, su madre debía haber hablado con ellos, y con una pizca de diversión. Alterné entre uno y otro pues no podía distinguirlos y no supe a cuál de los dos dirigirme, afortunadamente ellos hablaron primero:

- No puedes reconocernos, ¿verdad? Es normal, a la mayoría de la gente le sucede. Aunque por supuesto yo soy el más guapo y el más valiente...
- Y también el más humilde como podrás ver. - su hermano le propinó un leve golpe en el hombro.
- Ya hablando en serio, yo soy Marrien, si tienes alguna duda puedes fijarte en este lunar que tengo en la mejilla.

Efectivamente tenía un pequeño punto marrón en la mejilla izquierda y me contenté con poder separarlos cuando estuvieran cerca porque en cuanto a todo lo demás, vestían con la misma ropa y tenían el mismo porte. Además, ambos habían heredado los ojos de un azul brillante y el pelo castaño de la madre, a decir verdad los dos estaban muy guapos. Me tendieron un arco que estaba bastante más grande que yo y me invitaron a seguirlos:

- Hoy- dijo Malick que, iría descubriendo era el más serio de los dos- vas a aprender el tiro al arco.
- Pensé que iba a estar entrenando con la princesa.
- ¡Ah! Entonces nosotros no somos bastante buenos para ti. - Marrien fingió una pose de enojo y yo me disculpé de la mejor manera con reverencias que los hicieron reír.

Mientras nos dirigíamos al lugar Malick continuó diciéndome que el aprendizaje del Sagne debía ser posterior, lo inmediato era saber defenderse. En caso de que la energía estuviera en mi contra o no pudiese utilizarla, siempre tendría mi arco y mis flechas. Entre los dos me iban dando los rudimentos para manejar esta arma y yo entendía a medias todas las instrucciones, pero iba asintiendo con entusiasmo. La niebla no parecía haber desbordado los muros durante la noche, pero el cielo estaba gris como si amenazara con llover.

En una de las esquinas del patio se encontraba un círculo de paja que servía de blanco. Mi mano izquierda recibió el arco y la derecha empuñó la cuerda, me pasaron una flecha y mi primer pensamiento fue que todo aquello debía de ser relativamente fácil. Estaba equivocada. Tensar el hilo requirió una fuerza que no esperaba y acomodar la flecha sin soltarlo fue aún peor. Ya cuando pude equilibrar todas las partes, los gemelos estaban observando desde atrás y sofocando algunas carcajadas, dejé salir la flecha, pero en vez de la trayectoria esperada dio una leve curva y fue a clavarse en el piso a algunos metros de nosotros y muy lejos del blanco.

Aplaudieron hasta cansar sus manos y se sostenían el estómago debido a las carcajadas. Completamente frustrada y humillada, empuñé de nuevo el arco y ahora tensé con todas mis fuerzas. La cuerda vibró entre mis dedos y aunque la flecha no permanecía derecha la lancé al aire. Al menos esta vez no tuvo una trayectoria tan corta pero el resultado fue que sobrepasó el blanco y vino a rebotar en el techo y luego cayó al suelo.

- Ya, ya – Malick puso su mano sobre mi hombro- sino vas a matar a alguien. Lo que debes hacer – explicó -, es mantener el arco derecho, por el momento te será difícil porque debes acostumbrarte al peso y a la forma, no hay necesidad de apretar tanto el mango. Debes estar lo bastante relajada y tener todavía empuje para estirar la cuerda. Ésta debe quedar tensa, aunque sin vibrar porque de esta manera la flecha irá hacia adelante y no hacia arriba.

Por en medio del patio iba pasando el hombrecito que cargaba a sus espaldas una bolsa tejida, Marrien me guiñó un ojo y apuntó con su propio arco. A pesar de la distancia entre nosotros y aquel hombre, la flecha de Marrien se lanzó en redondo hacia arriba y fue descendiendo rápidamente hasta clavarse en la bolsa. El hombre se sobresaltó y alzó un puño feroz en dirección de los gemelos. De la bolsa se escapaban granos que iban resbalando hacia la piedra, Marrien corrió hacia él para ayudarlo y el hombrecito parecía estar dándole una buena regañida:

- Pobre Tarak – susurró Malick- le jugamos la misma broma desde que éramos críos y él siempre nos regaña, tiene muy mal carácter, pero nunca nos ha denunciado con la princesa.

Reanudamos la lección y terminamos cuando ya estaba empapada de sudor de los pies a la cabeza. Afortunadamente, mis últimas flechas habían logrado rozar el blanco o hasta clavarse en la parte externa. Los gemelos me prometieron que continuaríamos el tiempo que fuera necesario hasta que pudiera ganarles en las competencias. De regreso al castillo observé que, sobre una de las murallas, estaba la princesa, en soledad, con los brazos dirigidos hacia el exterior. Marrien leyó la pregunta en mi cara:

- Nuestra madre, la princesa, está en trance. Intenta controlar el Sagne para repelar la niebla. Al menos ha logrado contenerla, pero el ejercicio la deja agotada y quién sabe cuánto tiempo podrá soportarlo.

En el transcurso de esta semana debo decir que, contra mis reticencias, fui mejorando considerablemente mis habilidades en el arco. Tanto que hasta comencé a disfrutar de este deporte y hacer competencias con los gemelos, nunca les ganaba, pero era una buena diversión y comenzaba a olvidar el propósito de mi visita hasta que me avisaron que este era el último día de la práctica. Mañana, los gemelos saldrían de caza y yo entrenaría con la princesa.

Durante la tarde, ellos se aplicaron componiendo poemas y cantos para propiciar una buena caza al día siguiente. Cantaron durante la cena sus creaciones que eran palabras de amor para la naturaleza, alabanzas y buenos deseos que resonaban en sus graves voces. Me dejaron

acompañarlos hasta la entrada del bosque. Afuera, la niebla alcanzaba mi rodilla y aunque pudiera caminar entre ella sin resistencia, me dificultaba el ver hacia donde me dirigía. Antes de salir habíamos untado la punta de las flechas con un líquido ambarino y yo me mantenía con el arco en la espalda, aliviada de no tener que disparar pues lo mismo que con la pesca se me hacía cruel. Así se lo dije a Malick con quien había estrechado una buena amistad:

- Las flechas – me contestó- tienen un veneno poderoso que evita cualquier dolor para los animales. En cuanto a la caza, no te darías cuenta ahora, puesto que el bosque está casi desierto, pero aquí los animales abundan y desde generaciones somos los cazadores. Mantenemos el equilibrio de la naturaleza.

El bosque estaba sumido en un extraño silencio y en efecto no se veía ningún animal a nuestro alrededor. La presencia de la niebla los recluía en sus madrigueras y Marrien se inclinaba en el suelo en busca de algún rastro. Finalmente palpó una huella y los perros tensaron el cuerpo, las narices de ambos apuntaban hacia el Este y al unísono partieron en esta dirección. Los gemelos me instaron que regresara a la fortaleza y cuando volteé para una despedida, se habían desvanecido por el bosque.

## CAPÍTULO 7

La princesa me estaba esperando y me guió hasta un cuarto donde sólo había una mesa y sobre ella una planta. Yo me imaginaba algo más grandioso como ayudarla a empujar la niebla o algo por el estilo, pero en vez me atrajo hacia una de las ventanas. Debajo de ella había otra planta con una flor chica y que parecía marchitarse. Nos dirigimos a otra ventana donde, por lo contrario, otra planta había crecido hasta el techo y comenzaba a trepar por los muros.

- El *Sagne* – detalló la princesa – es el poder de uno mismo, la energía que mueve todos y cada uno de los seres vivos y que nos une los unos con los otros. La primera planta no ha sido manipulada y está muriendo por la falta de luz, a la segunda le apliqué el *Sagne* para hacerla crecer y desarrollarla.

Me sentó en un taburete expresamente acomodado para mí y me señaló la tercera planta. El ejercicio consistía en que me concentrara para encontrar el *Sagne* y poder dirigirlo al objeto. Bastaría con que la hiciese crecer unos centímetros y con eso ya podríamos pasar a otro nivel de manipulación. ¿Cómo debía de hacerlo?

- Concéntrate. – me dijo la princesa – el *Sagne* está alrededor de todos los objetos y en nosotros mismos, solo volviendo la mirada hacia adentro podrás hallarlo.
- No entiendo. – dije con franqueza, aquello me sonaba a algo vagamente espiritual como las clases de yoga de mamá.
- Ya lo harás.

La princesa me dejó con mis deberes y me arremangué mirando fijamente la plantita, tenía un cuerpo delgado, como un bambú, y sobre la punta le crecía una primera hoja todavía frágil y diminuta. Aspiré hondo y cerré los ojos. Traté de pensar solamente en la planta y en el tamaño que podía adquirir. Sin embargo, antes que lo supiera mi mente se puso a vagar, a recordar, a imaginar cuál sería mi futuro y qué estaría haciendo mi madre en este momento.

*¿Los gemelos habrán atrapado algo? ¿Qué les mostraba a ellos el Bosque de los Anhelos? Si el Sagne funcionaba aquí era posible que funcionara también en mi mundo y entonces sería mucho más fácil hacer mis tareas y también cocinar. ¿Se habrá enterado mi mamá de mi ausencia, sabía algo al respecto? La abuela algo sabía puesto que aquí la conocen y también había dejado el mensaje escondido. La gata Alazar quizás conociese a la abuela y tendría que preguntarle si la encontraba a mi regreso. Y si fracasaba, ¿se acabarían Antigua y el Reino de la Niebla?*

Mis pensamientos no eran capaces de mantenerse fijos, vagaban y saltaban por el espacio en blanco de mi cerebro y cuando abrí los ojos, el sol ya estaba en su cenit y mi panza crujía del hambre. Nadie había venido por mí y en cuanto a la planta tenía exactamente la misma altura. Tampoco me preocupó demasiado porque me quedaba la tarde entera y bajé a las cocinas donde

Tarak removía una cuchara en una marmita que se balanceaba sobre el fuego.

Me miró con sus párpados a media asta y me tendió bruscamente un pan y a continuación un cuenco que despedía un aroma irresistible. Tarak ayudaba en todas las tareas de la casa y daba la impresión de que había estado ahí desde la fundación del castillo. También me habían contado que los sirvientes de un tiempo anterior habían empezado a huir, algunos atreviéndose a cruzar el bosque y otros hacia el norte, otras regiones. Sólo los soldados y Tarak habían permanecido fieles al servicio de la princesa. Tarak hablaba con una voz áspera y se ladeaba debido a la cojera, podía hablarme sin desviar su atención del caldo:

- ¿Qué tal los ejercicios, señorita?
- No he podido hacer nada todavía, per, ya lo lograré en la tarde. No puede ser más difícil que el tiro al arco.

El cuerpo de Tarak vibró con la risa, no sabía si realmente le había parecido gracioso o le estaban dando convulsiones. Una vez pasado el ataque continuaba viéndome con malicia. No le hice caso, qué sabía él, yo había atravesado un mundo entero, el Bosque de los Anhelos, era la responsable de recuperar el Katar y había aprendido a tirar al arco en menos de una semana. El Sagne no me supondría una gran dificultad y retorné a mi puesto con el orgullo magullado y decidida a probarle a Tarak y a la princesa mis capacidades.

A la planta le dediqué ahora una mirada amenazadora y volví a sentarme. La concentración me duró un poco más de tiempo, aunque el flujo de los pensamientos no tardó en invadirme. Decidí evitar cerrar los ojos y forzando la vista sobre la planta, le comencé a hablar:

- Vamos, plantita, tienes que cooperar conmigo y crecer, aunque sea unos palmos. No mucho, no creas, un poquito será suficiente. Ándale, por favor.

Las horas pasaron y la planta no me hacía ningún caso. Enojada di vueltas por la habitación. Observé por los cristales, me fijé en mis uñas y el acomodo de los ladrillos. En eso estaba cuando la princesa hizo su aparición y verme alejada de mi puesto de trabajo no le hizo ninguna gracia:

- Isabelle. Aprender el Sagne es una lección de años y yo debo enseñarte en unas semanas; si además no te concentras, no lo lograremos. Dominar el Sagne requiere de disciplina mental y física. No me decepciones.

Por ello, aunque la cena fue gloriosa debido a la caza de los gemelos, no la disfruté ni tantito. Marrien me gustaba bromas y se pavoneaba de sus aventuras en el bosque, pero ni podía escucharlo. Malick se acercó para saber qué me pasaba, pero sólo enrojecí de la pena y avergonzada le hablé con dureza y lo alejé. La princesa ni siquiera me dedicó una mirada y mientras todos continuaban festejando en la gran sala, me retiré a mi cuarto.

Estuve dando vueltas y vueltas entre las sábanas. Me preguntaba si no se habían equivocado, tal vez yo no era la adecuada para esta tarea y decepcionarlos me producía una congoja que se encerraba en mi estómago y me daba nauseas.

Break

La mañana me agarró ojerosa y de mal humor. Sin ganas, me dirigí al cuarto de estudio donde ya me esperaba la princesa. A pesar de mis temores, ella se comportó como si nada hubiera pasado y se acomodó junto a mí. Levantó mi mano y la suya hasta que quedaron separadas por unos centímetros, me pidió que cerrara los ojos y que enfocara mi atención en mi palma. Intenté hacer vacío de mis ideas y temores y pronto pude sentir una zona de calor entre nuestras manos:

- Bien – me dijo la princesa- creo que ya sentiste la energía que fluye entre nosotras. Es importante que primero tomes conciencia de ti misma para que puedas trabajar el *Sagne*, en cuanto al manejo del flujo cada uno lo manipula a su manera. Debes descubrir la tuya.

Así estuve practicando durante las primeras horas, primero en libramme de mis pensamientos y después en ubicar mi cuerpo en el espacio y tratar de definir los objetos a mi alrededor, aunque no pudiera verlos. Era como jugar a estar ciego. Veía con claridad la planta frente a mí, sin embargo, me era imposible descifrar la forma de influir en su comportamiento. Este día ni siquiera bajé a comer y proseguí con mis esfuerzos aun cuando el sol ya estaba bajando.

Al final, sólo me quedó la ira. Estaba enojada contra mí misma, contra la planta, con esas responsabilidades que me habían encargado sin que yo lo pidiera. La sangre me latía con fuerza, concentrada en las sienes y apreté los puños. Mi respiración se aceleraba mientras intentaba dominar mis ganas de llorar. Me interrumpió el sonido de la cerámica rompiéndose. Al abrir los ojos descubrí que la maceta de mi planta estaba rota en varias partes y la tierra se estaba escapando. La recogí entre mis manos y ya incapaz de contener el llanto descendí a la cocina.

Con los ojos rojos e hinchados, le acerqué a Tarak el resultado de este día. Me senté en la mesa sin ánimos por lanzarme a la gran sala y reunirme con los demás. Quería que me olvidaran, que se olvidaran de mi presencia, deseaba hacerme invisible y que me dejaran en paz. Tarak no pronunció palabra, se limitó a acercarme un pedazo de pollo y luego a arreglar el macetón roto con una cuerda. Finalmente, se dirigió a mí:

- Señorita, Isabelle, ¿cuál es el sentimiento más poderoso? Él que nos hace crecer, nos protege de nuestras pesadillas, él que siempre nos acompaña.

Me agarró por sorpresa y le contesté sin pensar mucho en la pregunta:

- ¿El amor?
- Muy bien. Entonces, si reflexionamos un momento, podríamos decir que si la ira y el enojo lograron romper la maceta...
- El amor podría hacer crecer la planta. -

Completé la frase y mis ideas se iluminaron. Esa simple razón le daba sentido al *Sagne* y a los experimentos, podían usarse los sentimientos para darle forma a la energía. Tarak me miraba con

una sonrisa que en su caso exponía varios huecos en su dentadura. En ese momento lo abracé y me lancé hacía mi cuarto a trazar mi estrategia para el día siguiente.

Una vez que estuve de nuevo en silencio sobre mi taburete y frente a la planta que Tarak había reparado, uniendo la cerámica gracias a una cuerda, puse en marcha mi plan. Primero localicé mi energía y la presencia de la planta. Cuando estuve segura de no tener interrupciones en mis pensamientos empecé a concentrarme sobre los momentos felices de mi vida y los que mayor alegría me habían producido. Pasaron escenas de mis cumpleaños, el regalo de mi bicicleta, el mirar la nieve por la ventana, ir a recoger flores o nueces, a veces, querían asomarse momentos tristes, pero los alejaba con un movimiento de la cabeza.

Una tarde en especial continuaba regresando a mi atención. Era una tarde cualquiera, un sábado, y la familia entera estaba encerrada en casa por culpa de la lluvia. Nos habíamos cansado de los juegos de mesa y ninguno sentía ganas de mirar la televisión. Mamá se levantó y decidió que haría un pastel. Papá y yo quedamos en la sala y después de un rato, él se levantó y volvió con unas hojas en blanco. Este día me enseñó a fabricar aviones de papel, los primeros intentos apenas volaban y tenían las alas disperejas, pero conforme la tarde iba avanzando fui capaz de armar verdaderos jets que atravesaban la sala y que iba decorando con colores. Nos reíamos con cada vuelo y también con cada fracaso y de cuando en cuando mandábamos unidades a volar sobre los platos de mamá que los mandaba de regreso, fingiendo enojo o de plano participando en la guerra.

Cuando llegó la hora de disfrutar el pastel, la alfombra había quedado recubierta de aviones de papel que guardamos en un cajón para utilizarlos en otra ocasión; la otra ocasión nunca llegó, pero me acordaba de esta jornada como un día perfecto de amor y de familia.

Absorbí el recuerdo, lo palpé, lo disfruté y pensé en la planta. Traté de hacerle conocer esta felicidad mía, de compartirle estos momentos y también de decirle lo feliz que estaría ella si pudiera crecer un poco más, engendrar una hoja nueva y ver nuevos paisajes desde mayores alturas. Me pareció sentir una chispa, un calor peculiar, como si se trazara entre nosotras un canal de energía, en mi mente veía con claridad el hilo azul que nos unía y la fuerza de mi recuerdo fluyendo por esta cuerda.

La princesa me sobresaltó cuando apareció a mis espaldas, había estado tan metida en el ejercicio que no la había escuchado entrar y al voltear descubrí en su rostro una sonrisa y unos ojos que me miraban con orgullo. Al dar la vuelta comprobé que la planta había crecido un par de centímetros y que aparte, había dado vida a dos nuevas hojas que se columpiaban al lado de la primera, verdes y frescas.

El resto de la semana estuve entrenando con el agua, la temperatura, las frutas y conmigo misma. Utilizar el *Sagne* me dejaba casi siempre cansada y la princesa me enseñó cómo utilizar la energía a mi alrededor para reponerme. La fuerza del sol y de la tierra de donde podía sacar

energía y recuperarme, no mucha porque afectaría el medio ambiente pero suficiente para poder continuar con el entrenamiento. También estuvimos ensayando el transmitir el *Sagne* de una persona a otra, canalizar la energía y terminé por sentir que la princesa me conocía mejor que nadie. Había algo muy íntimo en el lazo de la energía, algo completamente personal y yo continuaba recordando y manejando mis emociones, sintiendo cada vez mayor balance en mis sentimientos.

Al terminar la semana, la princesa anunció que uno de los soldados se encontraba mal, había salido al bosque a cazar y había regresado en un estado de choque, con una fiebre alta que no bajaba y estaba delirando. La princesa me recomendó mientras íbamos hacía su catre:

- En este caso, estaremos trabajando las dos juntas. Debemos tener mucho cuidado, los seres humanos son frágiles y nunca se sabe del todo de qué manera responderán al *Sagne*. Lo que sea que hagamos también nos afectará a nosotras.

En las barracas olía a sudor y a humedad, los catres estaban alineados con las pertenencias de los soldados y paja que les servía para aminorar el frío. Hallamos la cama cerca de la cual uno de sus compañeros había estado montando guardia. La princesa le pidió agua y que después nos dejará a solas con el enfermo. El soldado era muy joven y tan delgado que se le marcaban los pómulos, sobre su frente caían mechones de pelo empapados en sudor. Su cuerpo se agitaba con los temblores y balbuceaba frases inconexas. De vez en cuando se retorcía hacía un lado para quedar, pasados unos momentos, completamente inmóvil.

Nos tomamos de las manos manteniendo contacto con el cuerpo del enfermo y comenzamos por concentrarnos. Sentía mi propia energía y también la de la princesa que se presentaba difuminado alrededor de su persona como una leve nube, un aura de un azul metálico e intenso. El soldado despedía un olor nauseabundo y se veía rodeado de una bruma color verde oscuro que parecía flotar encima de él y aprisionarlo. Debajo aparecía un flujo azul diminuto, fino, que estaba siendo aplastado por la bruma verde.

La princesa estaba preocupada y el caso era evidentemente grave. De nuestras manos partieron dos hilos azules, el mío y el de la princesa que se dirigieron hacía el enfermo. Sin embargo, nuestra energía chocaba y rebotaba sobre la masa verde y no era capaz de atravesarla para poder trabajar. Cuando por fin nuestra energía pudo romper la barrera nuestros lazos se sumieron en la bruma que rodeaba el cuerpo y sentí una sacudida. De inmediato, brotaron hacía mí una ola de recuerdos, de pensamientos que me eran ajenos.

Ahora veía al joven soldado. No se encontraba en un campo de batalla, se encontraba en una parte del bosque donde la niebla todo lo llenaba y donde lo volvía ciego, daba tumbos entre las ramas y se iba golpeando, cada vez más desesperado y agitado. Tan fuerte era la memoria que podía oler el sudor, la sangre que le provocaba sus encuentros con las ramas y las rocas, hasta la caída que finalmente lo habían dejado en este estado. La sensación del vacío y el golpe contra las



rocas. En mi cuerpo, resentía sus heridas, los golpes que iban lacerando las piernas y cortando sus protecciones. La voz de la princesa atravesó esta marea de imágenes:

- Resiste, Isabelle. Estos recuerdos no son tuyos, recházalos.

Eran tan reales que estuve a punto de sucumbir, de dejarme llevar por el flujo, pero las órdenes de la princesa me regresaron a la realidad y pude trazar camino hacia mi persona, hacia mis propios recuerdos. Nuestras energías estaban venciendo la bruma verde, la estaban espantando y redoblé los esfuerzos. Pensé en la feria de octubre, en mi escuela, en los amigos, en las celebraciones de fuegos artificiales, con la luz de estas memorias tan preciadas deseaba aniquilar la enfermedad, alejarla para siempre. El soldado gimió, tosió y se sacudió por última vez.

La princesa me detuvo. Habíamos hecho bastante. El soldado había escupido una bola de saliva amarillenta y parecía descansar. Su alteza también perlaba del esfuerzo, trataba de encontrar el ritmo de su respiración. Yo intentaba controlar el temblor de mis rodillas que chocaban entre sí y varios minutos pasaron en silencio. La princesa llamó al otro guardia y le instó a que vigilará al enfermo, le diera agua y comida al recobrar la conciencia. Nosotras regresaríamos mañana a evaluar los progresos.

Regresábamos y a mí me asaltaban las dudas:

- Princesa, ¿qué eran estos recuerdos?
- Eso, Isabelle, es lo que la niebla le hizo al soldado. Este joven deseaba más que cualquier otra cosa, morir con honor, en batalla, y el bosque lo engañó, la niebla lo volvió ciego y lo llevó a lo que habría sido su muerte.
- ¿Es el futuro? ¿Se va a morir?
- No, es solamente un posible futuro, pero nada está forjado, nada está predestinado. Depende de nosotros.

Le preocupaban estas imágenes. Aunque el soldado pudiera recuperarse sería imposible borrarlas de su mente y quién sabe de qué manera actuarían sobre su ánimo. Además, comentó, está la bruma verde, es un efecto extraño, el Bosque nunca había actuado de manera tan poderosa y era de temer que la pérdida del Katar estaba afectando algo más que la niebla. Fue entonces cuando me habló de mi última prueba, la que debía concluir antes de poder continuar mi camino: tenía que enfrentarme al Bosque de los Anhelos.

- ¿Cuál es nuestro peor enemigo, Isabelle?
- El ser que robó el Katar. - respondí, aún incapaz de ponerle rostro a la maldad, pero la princesa agitó la cabeza.
- No, Isabelle, nuestro peor enemigo somos nosotros mismos. Somos capaces de traicionarnos, de destruirnos y por ello debemos conocer tanto nuestras fortalezas como nuestras debilidades.

Estaba de acuerdo con ella, sin embargo, esta verdad en nada me ayudaba a superar mis temores. A pesar de lo aprendido en estas semanas no me sentía lo bastante fuerte como para enfrentarme de nuevo al bosque. Si me traicionaba como lo había dicho ella, si quisiera de nuevo y con tanto ardor ver a mi papá no sabía si sería capaz de resistirme, de domar la pena y el anhelo y cuando me condujeron al límite donde empiezan los árboles apenas pude resistir la tentación de echar a correr en sentido contrario.

## CAPÍTULO 8

Para esta última prueba, la princesa y también los gemelos que iban armados con sus arcos se quedarían a una distancia prudente se quedarían, pero su presencia contrarrestaba poco mi terror. Era de noche. El viento susurraba entre los árboles, volteé hacia la luna y toqué la brújula que me había guiado hasta este reino como si este pudiera influirme el valor que me faltaba. Avancé aparentando dominio de mí misma y pronto estaba sola, andando entre estos árboles y con la misma sensación, el presentimiento de que algo ajeno, algo maligno, me acechaba, se metía en mis pensamientos como si quisiera dominarlos.

Era mi propia tristeza la que amenazaba con destruirme. No había tenido demasiado tiempo para reparar en ella, pero cuando detuve mi caminata supe que aquello que me alcanzaba era la melancolía. Había rechazado la tristeza después de la muerte de papá. Durante la mudanza, la adaptación al Fin del Mundo y ahora se abalanzaba sobre mí. Era inútil resistirme: recordaba, recordaba con una poderosa desesperación y lo que me mostraba el bosque era este recuerdo que me había empecinado en ocultar.

De entre los troncos surgían figuras ataviadas en ropas de duelo, algunos lloraban y entre ellos reconocía a mis amigos y también miembros de la familia que habían acudido al entierro. Se formó entorno a nosotros la estructura de la iglesia con sus paredes grises, la difuminada iluminación de las velas y los frescos que adornaban el techo. A un lado estaba mi madre, su cara transformada por el dolor y su mano que trataba de encerrar la mía, pero permanecía atada a uno de sus costados. Al divisar frente a mí el ataúd solté un grito y caí de rodillas contra el suelo.

De pronto tuve la sensación de que la tierra se abría bajo mis pies. Los que me habían acompañado y estaban ahí hace un minuto empezaban a desvanecer y sólo permanecía la caja de madera con sus dimensiones ridículas y mis preguntas. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba mi papá? En este momento, lo que me mostraba el bosque era la recreación del funeral, pero yo no entendía, no sabía que estaba pasando. Las palabras del sacerdote que se escapaban hacia la cúpula y que yo quería detener el tiempo para siempre. Me pensé perdida, no podía soportar revivir el pasado, no podía pasar de nuevo por estos acontecimientos, sentía que quería desmayarme, darme por vencida, caer de rodillas y dejar que el bosque me absorbiera de una buena vez.

Entonces, barrí el aire con una mano. Quise eliminar de un gesto estas imágenes, la nube de dolor que me cernía. Era injusto que tuviera que afrontar por segunda vez el peso de su ausencia. Mis trece años, mi presente, parecían marcados para la eternidad con esta pena y no lo permitiría. Mucho había sucedido desde la tragedia, muchos eventos de los cuales me consideraba orgullosa y donde había encontrado el valor para continuar adelante.

Primero, el enfrentar un cambio de ciudad y la separación con lo que había sido mi vida hasta este momento. Acercarme a mamá, conocer la cabaña y explorar la historia de la abuela. De

seguro, ellas dos también habían atravesado tiempos complejos, difíciles y no se habían dado por vencidas. Ahora estaba la oportunidad de conocer un mundo de ensueño, mejor que cualquier libro o película, y de partir a la aventura mientras forjaba amistades como la princesa o los gemelos. Finalmente estaba también la misión que me había encargado la Guardiana y los misterios que faltaba por develar.

Yo podía superar este dolor, yo debía superar la aflicción y forjar mi futuro. No abandonaba a mi papá, siempre lo llevaría conmigo, pero este era momento de separarnos, de dejar atrás la tristeza; comprenderla y asumirla para avanzar hacia mi destino. Me levanté y al ponerme de pie lloré otra vez y lancé un grito de guerra contra el bosque. Si quería enfrentarse conmigo, estaba lista, preparada para la batalla y lo estaba esperando, pero nada sucedió, ningún fantasma apareció y empujando las ramas, regresé al grupo de mis amigos que estaban esperando con miradas de expectación y de temor. Después, me desmayé.

## CAPÍTULO 9

Fueron necesarias las sopas de Tarak, las canciones de los gemelos y los cuidados de la princesa para que pudiera abandonar mi cama. Cuando lo hice me pareció haber crecido, como la planta lo había hecho, no tanto en centímetros sino en carácter y nadie hizo comentarios sobre la noche del bosque, la princesa guardaba silencio y cuando estuve repuesta la acompañé a las murallas y juntas en complicidad dirigimos el *Sagne* para empujar a la niebla.

- Debes darte prisa, Isabelle, no podremos contener la niebla por mucho tiempo.
- Haré lo mejor que pueda, Princesa. Es una promesa.

La despedida estuvo cargada de emoción. Los gemelos me abrazaron como su hermana y me regalaron el arco con el cual tanto había entrenado. Tarak se comprometió a cuidar de mi planta y la princesa también me estrechó en sus brazos y me ciñó en la cabeza una joya que consistía en unos hilos de plata y una piedra central que era de un gris profundo, del color de la bruma.

- Isabelle, siempre será una hija del Reino de la Niebla. Aquí siempre será tu casa y esperamos verte de nuevo.

Yo también deseaba verlos nuevamente, aunque ignoraba si eso era posible. Me esperaba un largo camino hasta el siguiente territorio: el Reino de las Contradicciones. Mi morral guardaba con celosía la brújula y agité la mano hacía estas personas que se me habían vuelto tan queridas. También eché una ojeada al bosque, como se le mira a un enemigo temido y respetado. Los gemelos se plantaron a los lados su madre y los perros aullaron mi partida. La aventura continuaba hacía un futuro incierto.

## CAPÍTULO 10

Disfruté el viaje y los momentos de soledad. Cuando descansaba aprovechaba la ocasión para practicar el *Sagne* que ayudaba a reponerme de las caminatas y a encontrar frutas frescas y deliciosas que se sumaban las provisiones brindadas por Tarak. Pensaba mucho en el castillo y en sus habitantes y pensaba en su bienestar, y en la niebla que los había invadido y recordaba porque era tan importante llevar a bien mi misión. Me preguntaba a menudo por el extraño nombre de mi destino, el Reino de las Contradicciones, y consultaba la brújula con cautela para asegurarme de seguir en el camino correcto.

Como me lo había indicado la princesa, primero atravesé las Planicies del Día Eterno, inmensas áreas de pastura donde por capricho de la naturaleza, nunca se ponía el sol. Al principio me costó trabajo acostumbrarme a esta iluminación constante y al dormirme buscaba la sombra de un árbol o me tapaba con la capucha de la capa, pero también bendecía no verme rodeada de tinieblas. Me sacudía poco a poco de la presencia de la niebla y el ambiente gris del castillo.

Luego, crucé en menos de un día las Montañas Más Cortas que eran, en efecto, dos picos alzados, dos triángulos en medio de la naturaleza que sorprendían por su delgadez; eran casi planos. En ellos probé un bocado de nieve que me refrescó y añoré en este instante no tener un compañero de viaje con el cual pudiera armar una batalla de bolas de nieve. Entre las montañas se trazaba un sendero recto y con apenas una pendiente, que terminaba en un breve descenso y abajo el valle.

Por última ocasión consulté la brújula y la aguja me indicó con su rigidez que había llegado al lugar indicado. Hasta donde mi vista alcanzaba conté quince casas de tejas rojas, forma cuadrada y ventanas redondas. Este no debía de ser un reino muy amplio al menos que considerará también otros pueblos en su geografía. Entre los hogares serpenteaba una única calle que a veces parecía girar, pero cuyos caminos alternos terminaban en callejones sin salida. A lo lejos vi la silueta de una mujer: dos trenzas que se balanceaban sobre una espalda ancha y cuyos hombros empujaban, con una fuerza impresionante para esta mujer, una carreta repleta de tomates:

- Disculpe, señorita, ¿el castillo?

Quise desmayarme cuando la lugareña me encaró y pude verle debajo de la nariz un espeso bigote y sobre el mentón el nacimiento de una barba. Cuando habló me di cuenta de mi error pues su voz era definitivamente la de un hombre. Pienso que enrojecí hasta alcanzar el color de los jitomates:

- Bueno, no soy exactamente una señorita y en este reino no hay castillo. ¿A quién buscaba?
- Al Rey. – tartamudeé- Debo ver al soberano.
- Lo encontrará en la Taberna Sobre el Arroyo. No tiene más que continuar derecho. Buen día, señorita.

Recalcó la última palabra y lo dejé adelantarse para no tener que continuar con la conversación. Ir derecho era más bien un decir, puesto que el camino seguía dando vueltas en ángulos abruptos, pero finalmente llegué a una construcción que sobresalía de las otras, alzada sobre un promontorio. Para acceder a ella debía de cruzarse un puente con arcos que estaba montado como si debajo pasara un arroyo, pero debajo no había más que tierra y algunas flores. Me pregunté si en el pasado corría agua bajo el puente o si aquella era solamente una nueva excentricidad del lugar.

La Taberna Sobre el Arroyo era una construcción desigual. Empezaba en una base circular subía dos pisos y a la mitad del edificio sobresalía una torreta, uno o dos cuartos pendían sobre el vacío. Sus dimensiones le daban un aspecto angular y reducido, pero al entrar se abría un lugar amplio y acogedor, las mesas y la barra de madera invitaban a sentarse y por los vitrales se filtraba una luz suave y cálida. Detrás de la barra destacaba un hombre, ahora sí estaba segura, y me instalé en uno de los taburetes.

Era un hombre pequeño con unos ojos negros vivaces y unas facciones de niño, daba la impresión de no haber crecido y de haberse quedado en una edad incierta, tenía un gorro azul y sobre la tela estaba cosida una insignia: una corona con un par de estrellas en los picos. Se fijó en mi presencia y me preguntó deseaba algo de beber. Le pedí un vaso con agua y pasé a explicarle mi propósito, me contestó:

- Sí, bueno, usted es una extraña y no sé si pueda brindarle esta información ya que no sé exactamente lo que desea con el soberano. Claro que podría dársela, pero podría meterme en problemas, claro que si decidiera no dársela y usted resultará ser una persona importante podría también meterme en problemas. Sí, estoy en un dilema.
- Vengo de parte de la Guardiania y sólo quiero intercambiar unas palabras con el rey.
- Sí, bueno, eso lo cambia todo, aunque también podría ser que usted me estuviera mintiendo. - Era un verdadero reto mantener una conversación con el sujeto y decidí sacarle la información por otro lado.
- ¿Usted está sólo en esta taberna?
- Sí, bueno, junto con mi esposa. - A pesar de lo inverosímil de la afirmación no tuve más que abordarlo directamente, me parecía imposible que lo que pensaba en este momento fuera cierto, pero no había otra explicación.
- ¿Usted es el Rey? – le pregunté con incredulidad.
- Sí, bueno no siempre, a veces me tomo unas vacaciones, aunque normalmente se podría considerar, tal vez, que yo soy el rey. Aunque sólo doy audiencias los martes, pero los martes no me encontrará porque voy de cacería siempre los martes. ¿Qué desea?

No tenía la menor idea de que día pudiera ser, aunque sospechaba que esto no tenía la menor importancia y tuve que aceptar que este hombre-niño que llevaba un gorro en vez de una corona y

que sostenía en la mano una cuchara era efectivamente el soberano del Reino de las Contradicciones. Le expliqué con la mayor calma del mundo mi misión, así como los sucesos acontecidos con el Katar y le pregunté acerca de los posibles cambios que hubiera notado en su reino:

- Bueno, aquí es un poco complicado notar si está sucediendo algo extraño, pero sí diría que ha habido algunos cambios.

Me indicó que lo acompañará y me enseñó uno de los campos de trigo al lado de la taberna. Al principio no noté que hubiera algo extraño, solamente una nube negra que se movía de una manera errática sobre el trigal. Al enfocar mejor la vista realicé que no era una nube sino una enorme parvada de cuervos que se mantenían en filas cerradas de las cuales ninguno se movía. El Rey me contó que había aparecido hacía aproximadamente una semana y si no habían causado ningún destrozo estaban asustando a la población con sus ruidos y su presencia.

Descubriría más adelante que el Reino de las Contradicciones superaba en su diario quehacer este nombre. Los hombres llevan el pelo largo y las mujeres la cabeza rapada, los campesinos trabajan cuando hay lluvia y la mayoría llevan túnicas largas a la manera de los sacerdotes. La gente posee como mínimo tres gallos, pero considera una ofensa levantarse antes del mediodía. Nada tiene sentido, el mundo está de cabeza, pero los habitantes llevan una vida tranquila y alegre. Al menor pretexto arman fiestas sin motivo especial y hacen grandes comidas con cerveza y música que para nosotros no es más que una cacofonía sin ritmo.

El Rey me presentó a su mujer que era una mujer aún más pequeña que él con una sonrisa hermosa y unas dotes culinarias que me hicieron desear quedarme más días. Todavía no había podido abordar nuestro asunto con el Rey y cada día él se mostraba más sombrío, tuve el valor de acercarme a él una noche que le ayudaba a cerrar la taberna. Me dijo:

- Lo sé, pronto tendremos que partir. He estado arreglando mis asuntos por si no volviéramos. Nos espera un peligro sin límites, pero tengo una deuda con la Guardiana y estoy decidido a pagarla.

Nuestras conversaciones siempre tenían este toque enigmático que a mí me sacaba de mis casillas, pero esta noche no lo dejé escapar sin que me aclarara sus palabras.

- Muchos años atrás, pequeña, cuando apenas iba ser nombrado soberano del Reino de las Contradicciones mi esposa cayó gravemente enferma. Ni siquiera los mejores médicos del Reino pudieron hallar un remedio y me aconsejaron que me resignara. Pero yo no soy de los que creen en inevitable. No me iba a dar por vencido. Así que preparé una carreta y fuimos a Antigua.
- ¿Fueron a ver a la Guardiana?
- Sí, nos recibió sin hacernos esperar y examinó a mi mujer. Me dijo que era un caso muy complejo y que iba a requerir un sacrificio muy grande para que ella pudiera eliminar a la



enfermedad. Le dije que no importaba el precio, mi esposa lo es todo para mí.

- ¿Cuál fue el sacrificio? – pregunté.
- Tenía que ponerme a la orden de la Guardiana y hacerme responsable del destino del mundo, juré que, llegado el momento, haría lo que fuera, hasta dar mi vida para proteger el Katar y el equilibrio.
- Creo que llegó este momento. – dije suspirando.
- Sí, la Guardiana me dijo que no sabía cuándo iba a llegar este momento, pero que un día aparecería en el reino un emisario de Antigua y yo sabría entonces que era tiempo de pagar mi deuda.

Yo era el emisario que había estado esperando y sabía que nuestra misión iba a resultar delicada, pero la ayuda del Rey me daba un poco de confianza en nuestra tarea de recuperar el Katar:

- Tengo que advertirte que quien se atrevió a violar el santuario y robarse el Katar debe estar loco, enfermo y sumamente poderoso. Tendremos que viajar a Ciudad Burbuja, que es una ciudad, pero también un país en sí mismo y ahí veremos si alguno de mis contactos pude brindarnos información útil. Nos quedaremos hasta encontrarlo.

## CAPÍTULO 11

El Rey que de ahora en adelante me permitió llamarle Egan se despidió de su esposa con la mayor naturaleza posible, sin dejarle adivinar la naturaleza de nuestra misión. Savaina, su mujer, vaciló un momento antes de decidir creer en sus palabras y ya convencida le encargó unos objetos de la capital. Sin embargo, al dirigirnos hacía nuestras monturas distinguí que rodaba sobre la mejilla del soberano una gruesa lágrima. Me hice la desentendida y proseguí como si no hubiera visto nada.

Los habitantes del Reino de las Contradicciones no usaban caballos sino *berks*, largatijas de tamaño gigante reputadas por su agilidad al correr y su carácter dócil. Su único defecto era que, de vez en cuando, se tiraban al sol a broncearse y nadie podía convencerlas de avanzar, también podían llegar a morder si uno las enojaba. Cosa que me prometí evitar y por ello me acerqué a mi montura con las manos hacía adelante hasta que ella me permitió darle unas caricias en el hocico. Tenía la piel fría y rasposa.

Nos acomodamos en nuestras sillas que resultaron espaciosas y cómodas y nos pusimos a trote. Antes de alejarnos del pueblo echamos una última mirada a la banda de cuervos que continuaba planeando sobre el campo. El resto de la tarde se esfumó con delicia pues el sol nos acompañaba y las *berks* marchaban a una velocidad que permitía disfrutar del paisaje sin que uno se cansara. Al atardecer nos detuvimos para hacer campamento y fogata.

Egan prendió las ramas con facilidad y de inmediato se puso a calentar un tazón de frijoles y a dorar unos panes sobre las llamas. Se notaba que tenía experiencia en andar a campo traviesa y en cuanto nos hubimos acomodado y empezamos a disfrutar de nuestras tostadas plantó la larga espada que traía consigo en la tierra. Le pregunté si era guerrero y él amenizó la noche contándome sobre su familia.

Los hombres de su familia son destinados a ser reyes desde su nacimiento, así ha sido desde el principio de la humanidad, pero al contrario de otros linajes donde se hereda el título en su caso no hay reino que pase de manos del padre al hijo. Cuando ya se sienten listos para la aventura, cuando han pasado las pruebas de la hombría y son capaces de combatir, los dotan de un cargamento y de un buen caballo y los echan a andar por el mundo.

De cada uno es responsabilidad encontrar su reino y hacerse elegir entre sus pares como el más apto para dirigirlos. Egan había terminado en el Reino de las Contradicciones luego de meses de viaje y más bien por error que por convicción. Halló a los actuales pobladores viviendo en tiendas de campaña pegadas a las montañas y los convenció de erigir una ciudad, un reino a su conveniencia:

- Era un chaval, imbuido de sueños y bastante ingenuo. Les prometí una grandeza que todavía no he podido darles, pero ellos confiaron en mí y poco a poco fuimos

construyendo lo que es hoy el reino.

Egan no deseaba ser un gobernante de castillo y corte y mejor decidió trabajar a la par de sus súbditos y abrir una taberna. Al principio le costó acostumbrarse a las manías de los pobladores originales, tenían unas costumbres peculiares y unas creencias extrañas pero al ver que éstas les permitían guardar un equilibrio y disfrutar de la vida, decidió adoptarlas como propias. En el Reino de las Contradicciones no se vive pensando en el mañana, el futuro es una idea vaga de la cual nunca se habla, se trata de experimentar el presente, instante tras instante y al máximo.

- Quizás por eso – me confesó- a mis cuarenta años sigo teniendo cara de niño.

Así pasamos el viaje intercambiando historias y confesiones. Le platicué mucho acerca de mi mundo y parecía que no iba a lograr saciar la curiosidad de Egan. Quería saberlo todo y tenía un particular interés en los inventos desde la licuadora hasta la computadora y también en nuestros ritos de todos los días. No podía creer que no tuviéramos espadas y el despertador le parecía la máquina más cruel. No se cansaba de escuchar una y otra vez la descripción de los automóviles y los aviones, sospecho que estaba tomando notas o pensando como podría reproducirlos para su reino.

A medida que cruzábamos kilómetros y acercándonos a nuestra meta, notaba a Egan nervioso, exaltado y más callado de lo normal. Cuando quería cuestionarlo me respondía con monosílabas o con movimientos de la cabeza y cuando le platicaba alguna curiosidad lo sorprendía distraído. Esta actitud iba incrementando mi propia preocupación y me enfadó que guardara silencio después que hubiéramos compartido días de buen compañerismo. Una tarde, nuestras lagartijas nos desmontaron con amabilidad y se dedicaron a tostarse al sol, por mi parte lo encaré:

- ¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué es tan terrible que no me lo puedes contar?

- He estado reflexionando acerca de lo que nos espera. ¿Qué tanto sabes acerca del Katar?

Le detallé entonces mi encuentro con la Guardiadora y mi aprendizaje al lado de la princesa. Le dije lo que sabía de la fuerza del Sagne y también admití mi ignorancia en cuanto al Katar y lo que este era capaz de lograr. Suspiró como si ya conociera mi respuesta y como si estuviese apenado por ella:

- Me imaginé que te habían dicho poco. El Sagne está en todas partes, pero sólo unos pocos tienen el poder de utilizarlo, nosotros que somos incapaces de manipularlo llamamos a aquellos: *los iniciados*. No es una técnica que pueda aprenderse sino uno don natural y que normalmente se transmite con las generaciones. *Los iniciados* tienen una gran fuerza de voluntad y una fuerza mental que sobrepasa al común de los mortales.

Esta explicación me confundió. De qué manera explicaba que yo, que ni siquiera pertenecía a su mundo, fuera capaz de utilizar el Sagne y porqué elegirme a mí para llevar a cabo esta tarea. Me contestó que ignoraba la respuesta pero que debía advertirme que nuestro

enemigo sólo podía ser uno muy poderoso para enfrentarse a la ira de la Guardiana. El Sagne siempre ha estado en manos de unas cuantas familias y en especial de las mujeres que transmiten su saber entre los miembros de su clan.

- El Katar es la esencia del mundo, - dijo con seriedad - la fuente del Sagne en su expresión primigenia. El comienzo y el fin de todo. Quien lo domina, domina al mundo y su poder apenas tiene límites. Como todos los objetos es neutral y puede usarse tanto para el bien como para el mal, para la paz o para el caos y en este caso lo más probable es que sea para lograr el caos y en el caso dominar. El actual poseedor del Katar no va a querer ceder este poder, por nada del mundo. Un ser sin escrúpulos que no dudará en deshacer de nosotros – sentenció por fin antes de regresar al silencio.

Yo misma me quedé muda ante sus declaraciones, perturbada por mi papel en esta trama y por los obstáculos que se perfilaban ante nosotros. Sin embargo, nada podía hacerme retroceder cualquiera que fueran las consecuencias debía de terminar lo que había empezado y así sería. Al caer la noche, las lagartijas se levantaron y reanudamos camino. El sol despuntó y sus rayos fueron a reflejarse en una superficie brillante que presentaba en este amanecer un arco iris de mil colores. Egan señaló con el dedo: habíamos llegado a Ciudad Burbuja.

## CAPÍTULO 12

Desde donde estábamos, lo único que podía verse era la burbuja que cubría la ciudad, una burbuja enorme como las que hacen los niños, brillando al reflejo del sol y cuya superficie no se alcanzaba a ver completa, pero se adivinaba que la ciudad era inmensa.

- Dan ganas de tocarla, ¿no? - le dije a Egan.

- Sí, te entiendo, pero no te lo recomiendo. La burbuja es el escudo de la ciudad, su protección, y si la tocas, de inmediato, aparecen guardias.

De esta manera tuve que reprimir mi antojo y nos dirigimos al puesto de entrada donde dos guardias registraban y anotaban los visitantes en una gran carpeta. Ambos estaban cubiertos de una armadura que recordaba una colcha espesa, sin metal, y llevaban en las manos porras que parecían dispuestos a usar. A cada visitante le pedían su nombre, rango y asunto en la ciudad.

El Rey Egan procuró no darles su rango y simplemente mencionó nuestros nombres de pila y la lista de enseres que Savaina le había proporcionado al partir. Los soldados intercambiaron miradas de complicidad y Egan se encogió de hombros:

- Ya saben, la señora manda- y ellos se rieron de buena gana antes de procurarnos una túnica amarilla para cada uno.

Nos las tuvimos que colocar antes de entrar en la ciudad.

- ¿Para qué las túnicas, Egan? – le pregunté en cuanto estuviéramos fuera del alcance de los guardias.

- Para identificarte como foráneo, cuando eres de otro lado no tienes los mismos derechos que los habitantes de Ciudad Burbuja y además tienes un cierto tiempo de permanencia, si quisieras quedarte a vivir tendrías que solicitar otro tipo de permiso.

En cuanto al transporte, nos permitieron usar los berks o los tubos, cápsulas que viajan a través de tubos transparentes, propulsados por el aire. Al entrar a la ciudad me di cuenta de que las calles estaban rodeadas de estos tubos que formaban complicados entramados, unos subían encima de otros y luego desaparecían. Decidimos alcanzar la posada con nuestras lagartijas y luego dejarlas a cargo en el establo. A decir verdad, llamaban bastante la atención y si de por sí la túnica nos delataba como foráneos, las lagartijas nos granjeaban miradas de asombro y alguna otra de desaprobación.

Egan me pidió que escondiera la capa y el medallón y, mientras buscábamos un mapa, me puso al tanto del uso de los colores y las túnicas.

- Los capitalinos son celosos de su seguridad y hasta cierto punto desprecian todo aquel que venga de las provincias. – dijo- De hecho, es muy difícil obtener un permiso para vivir aquí de forma permanente.

- Sí, no pasamos desapercibidos. – le contesté. Parecemos un par de pollitos.

Le señalé un grupo de hombres vestido de naranja que se encontraban pintando un edificio, me indicó que los de este color se conocían como Técnicos ya que son los encargados de reparar, limpiar y arreglar los desperfectos de la capital. A un lado de nosotros pasó una mujer alta de túnica azul oscuro seguida por un grupo de niñas en un tono más pálido. En el cuello de esta mujer advertí un medallón de media luna idéntico al que en su momento le vi a La Guardiania. Ahogué un grito y Egan me susurró:

- Sí, has entendido, ella es una Iniciada y las demás son aprendices. En algún momento tendremos contacto con ellas, pero por ahora, tenemos otras cosas que hacer.

Continuamos trazando camino entre tiendas de túnicas, florerías y joyerías que exhibían preciosos collares y pendientes. La ciudad brillaba por dentro y por fuera, animada por un clima balanceado donde no se sentía ni frío ni calor. Empezaba a comprender porque sus habitantes estaban tan orgullosos de ella. La gente se mostraba más seria y reservada que en el Reino de las Contradicciones y cada uno parecía dirigirse a un destino importante, indiferentes de nuestra condición inferior.

El mapa que se encontraba a un costado de las plazas y en los cruces de las calles delineaba los sectores de la ciudad que se representaban por círculos perfectamente dibujados que indicaban las funciones de cada uno: había barrios residenciales, un centro dedicado a las finanzas, otro al comercio – la zona en la que estábamos- y finalmente la médula espinal de Ciudad Burbuja que era la Casa de la Justicia y el Parlamento. Los residenciales a su vez se dividían en colores que indicaban la riqueza de las casas y sus propietarios y en la periferia de éstas, pegados a la burbuja, se encontraba la zona del turismo donde podíamos hallar una posada. El sistema me pareció inteligente y, sin embargo, un poco frío.

Varias veces tuvimos que detenernos a consultar otro mapa sólo para asegurarnos que íbamos en la dirección correcta pero cuando cruzamos las puertas del distrito de turismo no pudimos albergar duda alguna. Reinaba desde la entrada, un ambiente festivo que parecía desentonar con lo que habíamos visto hasta ahora.

Las casas de Ciudad Burbuja eran de barro, plástico y vidrio había poco metal. Tenía otra peculiaridad:

- Aquí, ¿todo es redondo? – le pregunté a Egan al ver que no había casi esquinas, que las calles giraban en curvas y los cruces eran glorietas.
- Sí, Isa, las casas más pequeñas son de barro y redondas, las más elegantes son de plástico y de colores.

Mientras, el barrio turístico anunciaba con ruido su deseo de agrandar y de sorprender al visitante. Entre las casas se habían tendido hilos y de éstos colgaban decoraciones de papel china, guirnalda y sobre el pavimento señales de bienvenida y ofertas de los establecimientos. De

algunos restaurantes se escapaban estrofas de canciones o notas de la música de acompañamiento. En las plazas, bailaban parejas y de las mesas al aire libre se escapaban risas y trozos de conversaciones. Al instante me agradó este lugar.

Pasamos por la Posada de la Serpiente debajo de cuya puerta se filtraba un humo espeso y olor a tabaco; de vez en cuando, las puertas se columpiaban y salían hombres, unos maldiciendo y otros agradeciendo su suerte, pues este era el lugar favorito de los jugadores de cartas. Algunos establecimientos marcaban cupo lleno y me asombró la cantidad de viajeros que, como nosotros, buscaban un lugar donde dormir. Egan finalmente se detuvo delante de una casa con un anuncio grande que rezaba: Posada del León Dormido.

En las paredes colgaban espadas y hachas y entre las mesas se agitaba un hombre grueso con un bigote rojo que le rebasaba el mentón. En cuanto el posadero vio a Egan pareció reconocerlo y de inmediato avanzó hacia nosotros para estrechar a mi pequeño compañero entre sus grandes brazos. Alzó al rey a varios metros del suelo y lo abrazó hasta que Egan pidió reposo:

- ¡El Rey Egan! Pensaba que nunca iba a volver a verte. - dijo el hombre jovial y visiblemente alegre de este reencuentro.
- Por el momento sólo seré Egan, estoy aquí de incógnito, pero permíteme presentarte a mi compañera, Isabelle. - murmuró de forma inaudible- Esta jovencita conoce a la Guardiana.
- Será un placer atenderlos. Mi nombre es Alf, pequeña. - me estrechó la mano y casi me la rompe.

Los tres ocupamos una mesa en el centro de la posada que con el paso de las horas iba llenándose, frente a nosotros estaba la figura de un león disecado que posaba imponente para los clientes. La esposa de Alf nos sirvió cidra, una cena succulenta y una ración de pay de manzana que no hubiera querido acabar nunca. El pastel se fundía en mi boca y casi no tuve que intervenir en la conversación puesto que tanto Egan como Alf estaban compenetrados en el recuerdo de sus aventuras.

Se habían conocido cuando Egan se había lanzado a la conquista de su reino y, al parecer, Alf era un gran cazador y se habían acompañado mutuamente durante varios meses. Estaban absortos en el relato de sus mejores cacerías y apenas notaban mi presencia:

- Ese oso medía fácil unos tres metros. - contaba Alf
- No, no, más que eso. Fácil unos cuatro.
- Y tantas semanas que nos costaron rastrear sus huellas y cuando casi lo atrapo pensé que no iba a contarla.
- Menos mal estaba yo con mi espada sino quién sabe si hubieras salido con vida.

Luego, Egan le explicó al posadero cómo había conquistado su reino y cómo se había casado y esperaba pronto poder tener hijos. Le platicó lo mejor que pudo del Reino de las Contradicciones y de su propia posada. Alf escuchaba complacido y hasta encendió una pipa que echaba donas de

humo mientras Egan terminaba su historia. El reloj indicaba que iban a dar las doce y de pronto, Alf detuvo al rey poniéndose un dedo sobre la boca:

- Viene el mejor momento de la noche. Tienen que ver eso.

Era un hecho que el resto de los comensales estaban a la expectativa puesto que se callaron las murmuraciones y de pronto la Posada estuvo invadida por el silencio. Las miradas se dirigían al león embalsamado y yo también lo observé. A un lado del animal, casi invisible, se coló un niño que quedó a una cierta distancia con los ojos cerrados y con aire de concentración. Después de unos minutos el león pareció cobrar vida y lanzó a los presentes un rugido que rebotó en las paredes y que acompañó de un sacudimiento de su melena. Acto seguido volvió a su posición de estatua y los huéspedes rompieron en un aplauso.

El niño salió de su escondite y realizó una breve reverencia antes de dirigirse hacia nosotros. Mientras se iba acercando quedaba claro que era el vivo retrato de Alf, el mismo tono del cabello, la nariz grande y las manos anchas. Nos sonrió y su padre le dio unas palmadas en la cabeza antes de introducirlo:

- Este es Alfie, mi hijo. Como pudieron observar muestra ya un buen manejo del Sagne- al pronunciar la palabra había bajado la voz- pero como es hombre y además de familia humilde no he logrado que ingrese de aprendiz con alguna iniciada. Sería una lástima desperdiciar este talento.

El pequeño estaba más divertido que preocupado pero su enorme padre mostraba cierta tristeza al hablar de su criatura y las dificultades que estaban experimentando. Egan le prometió que lo ayudaría a encontrar una solución. Pensé que Alf iba a llorar porque se le llenaron los ojos de agua y volvió a estrechar al rey entre sus brazos hasta exprimírle el aire. Después nos condujo a nuestros cuartos y se despidió de nosotros.





## CAPÍTULO 13

El distrito político estaba conformado por varios edificios que albergaban oficinas y sobresalían, cada uno de su lado de la calle, la Casa de la Justicia y el Parlamento. El primero estaba flanqueado por columnas y su color era de un gris intenso, los magisterios eran en su mayoría hombres ya grandes enfundados en túnicas rojas y que llevaban en la cabeza pelucas blancas, ondulaciones acartonadas que hacía difícil distinguir uno de otro. También participaban abogados y gente común. Egan me comentó que en Ciudad Burbuja hay poco delitos, pero pasan mucho tiempo formulando leyes.

Como para probar su punto, Egan me invitó a entrar en la Casa de la Justicia que se asemejaba a una colmena, sobre los suelos de mármol verdoso se cruzaban los magisterios y los abogados cargando sendas carpetas con documentos, ahí las conversaciones se reducían a murmullos y a movimientos de las manos, estaba prohibido acceder a las salas de audiencias y a las juntas, pero en el hall Egan me señaló un atril protegido por un vidrio. Adentro se vislumbraba el libro más voluminoso que había visto jamás, era un tomo de pasta gruesa, abierto a la mitad y que tenía miles de páginas en una letra minúscula; estaba asombrada hasta que encontré una placa engravada con la esta leyenda: *Constitución Formal de Ciudad Burbuja*, y más abajo, *Cada día trabajamos para mejorarla*.

- Ésta es una versión vieja.- añadió Egan- Cada año nuevo la reemplazan. Eliminan leyes y promulgan nuevas, ni siquiera los abogados pueden llevar la cuenta.

Le comenté a Egan que esto me parecía todavía más extravagante que cualquier actividad en el Reino de las Contradicciones y que tal vez debía pensar en montar su propio palacio de la justicia y entretener sus súbditos con la creación de las leyes. Se río y me aseguró que su gente se aburriría con facilidad de este juego. También le pregunté que hacíamos en este distrito, pero me instó a esperar un poco y sobre todo seguirle la corriente.

Tuvimos que esperar hasta el mediodía para saciar mi curiosidad. Para ello nos acomodamos en una banca y a las doce pudimos observar a los miembros del Parlamento evacuar el edificio. Ellos tenían derecho a túnicas negras como las que llevan los sacerdotes en mi mundo y que les daba un aspecto de enterradores. Los siniestros personajes intercambian distintos comentarios que parecían revestir una suma importancia. Entre ellos se hallaba un miembro más joven que igualaba la estatura de Egan hacía él nos encaminamos:

- Egan, ¿qué haces aquí?
- Primo, también es un gusto volver a verte. Ella es mi hija, Isabelle. - este fue el momento donde casi me da un infarto, pero logré mantener la compostura y esbozar una reverencia- Ella tiene algunas habilidades sorprendentes y estoy en la capital para echarle una mano y ver si fuera posible que entrenará con una iniciada.

- Esto puede ser complicado. No aceptan a alguien de fuera con tanta simplicidad. Hay reglas, formas, no cualquiera es aceptado.
- Primo, pero para alguien tan importante como tú no deben existir obstáculos. - el primo se infló con el halago y al mismo tiempo lanzó miradas nerviosas a su alrededor como si de alguna manera le diera vergüenza que lo vieran con nosotros.
- Veré que puedo hacer. Mañana en la noche habrá un baile de gala en los Jardines Colgantes, trataré de conseguirles unos boletos, se los mandaré a la posada y ahí podré introducirlos a ciertas personas.

Egan y yo, en nuestro papel de padre e hija, le agradecemos con efusividad que lo embarazó aún más y luego se escabulló entre sus compañeros sin voltear hacia atrás. Para el regreso, utilizamos el transporte de los tubos por primera vez y tengo que admitir que fue una de las experiencias más interesantes, mejor que cualquier montaña rusa. A pesar de la suavidad del aire que las propulsaba se movían a una velocidad considerable y desde las paredes transparentes se veía la ciudad con sus cúpulas de color y sus habitantes que desde nuestras alturas apenas eran unos bichos moviéndose de un lado a otro.



## CAPÍTULO 14

La sola mención de los Jardines Colgantes me parecía motivo de regocijo. Luego de andar tanto tiempo en la naturaleza comenzaba a extrañarla y si algo le faltaba a Ciudad Burbuja era la presencia de árboles y plantas. Entre las calles y los edificios no había espacio suficiente para un toque de verde y después de unos días en la ciudad empezaba a ser asfixiante. El baile de gala era un evento de importancia donde estarían ansiosos de mostrarse los poderosos de la urbe y esperábamos entre ellos hallar un indicio del Katar.

Para el evento, Egan me compró una túnica esmeralda, un par de aretes y él mismo se enfundó en una chaqueta negra de corte militar que llevaba en la solapa el escudo de armas de su familia que era una balanza y una espada. Nos veíamos elegantes y las semejanzas entre nuestros cabellos claros y nuestras pecas daban lugar a pensar que, en efecto, éramos padre e hija. Fuimos caminando del brazo, disfrutando de la noche y en la entrada de los jardines nuestros boletos nos abrieron las puertas necesarias.

A los Jardines se entraba por un tubo que subía hacia el cielo y del cual partían cinco corredores que se abrían en unas esferas suspendidas en el vacío. Estas esferas guardaban cada una, un ecosistema particular. En la primera se cultivaban tulipanes, en la segunda girasoles, en la tercera geranio, en la cuarta se daba preferencia a los árboles frutales: limoneros, manzaneros, árbol de durazno; las frutas proporcionaban un olor embriagante. Entre estas muestras de jardinería se paseaban elegantes damas y hombres vestidos con sus mejores trajes. Muchos llevaban las túnicas de su profesión como muestra de orgullo y Egan me iba señalando su posición y algunas de las personas que él reconocía. En la quinta esfera hallamos al primo de Egan.

En esta esfera hacía un calor desbordante debido a que su clima se asemejaba al de una jungla y en ella crecían palmeras y otras especies exóticas, varias mariposas cruzaron por encima de nuestras cabezas. El primo de Egan formaba parte de un grupo de otros hombres relativamente jóvenes que por su túnica negra se delataban como miembros del Parlamento, ellos rodeaban a una mujer cuya risa grave los tenía evidentemente embelesados.

Cuando se separaron un poco pude ver a la mujer y entendí de inmediato que los tenía cautivados. Era una mujer de una belleza tan sobrenatural como salvaje. Su túnica de un azul profundo resaltaba la blancura de sus hombros y sobre ellos caían unos espesos cabellos de color rojo oscuro, del tono de un vino tinto, y en medio de su rostro brillaban sus ojos acuáticos. Ninguno de sus admiradores podía quitarle la mirada de encima y me sentí pequeña, no sólo era una mujer consciente de su belleza sino atenta a su propia perfección y al poder que ejercía.

El primo de Egan notó nuestra presencia y se acercó a nosotros. En un tono de complicidad y también de reverencia nos susurró:

- Si tienen que conocer a alguien esta noche es a esta iniciada. Últimamente ha tenido más

poder que ninguna otra y pertenece a un círculo antiguo y respetado.

- ¿Y tú la cortejas, primo? - preguntó con cierta sorna Egan.
- Soy solamente uno de sus muchos admiradores, pero tengo la esperanza que se dé cuenta de mi existencia.

Nos condujo hacia ella y fue como el efecto de una brújula que atrae su aguja hacia el norte. Uno deseaba quedarse a mirarla, a escucharla reír y hablar con una voz que parecía labrada en plata, mis ojos no podían despegarse de ella y cuando advirtió mi fijación me dedicó una sonrisa y preguntó por mí, el primo de Egan se encargó de dar las respuestas:

- Ella es Isabel, Princesa del Reino de las Contradicciones y este es su padre el rey. - ella volteó hacia nosotros e inclinó la cabeza:
- Milady Fiamma de Elensur. - pasó sus ojos sobre mí como si me estuviera haciendo una radiografía. - Pequeña, tu poder está creciendo, ¿lo sabes?

Había pronunciado su nombre con finura, pero en su apellido la lengua había bailado sobre las s como un pequeño demonio o como una serpiente y de repente noté que su aura expelía una frialdad que ella enmascaraba tras sus modales. Cuando habló de mis poderes su mirada se encendió y una llama bailó en sus ojos. Un fuego que hablaba de un hambre interna, de un deseo de controlar y también de la envidia. Controlé el escalofrío que recorría mi espalda:

- Sí, milady, lo he sentido y he venido a la ciudad en busca de consejo.
- Ya veo. Puedes presentarte en mi casa mañana a la hora del té y veremos lo que está en mi poder para ayudarte.

En seguida se olvidó de nosotros para recibir otra ola de besamanos y saludos de sus admiradores recién llegados. Egan y yo creímos prudente emprender la retirada y abandonar el salón para poder intercambiar nuestras observaciones. Le mencioné las sensaciones que me producían la señorita Fiamma y acordamos que podía ser una persona peligrosa, aunque todavía ignorábamos si se relacionaba con nuestra misión. Nos dispusimos a espiar las conversaciones y escuchar los chismes de las damas en busca de algún indicio.

En boca de todas estaba la figura de Fiamma de Elensur, a parte de alguna boda y otro nacimiento, ella ocupaba la mayoría de las preocupaciones femeninas. Su entrada en sociedad era relativamente temprana y en muy poco tiempo había adquirido un dominio fuera de toda proporción. Se le relacionaba tanto con magistrados como con los miembros del Parlamento y hablaban de la fama de su propia escuela y el orgullo de algunas madres al haber podido ingresar sus hijas como aprendices. Sin embargo, había cierta reserva, las mujeres halagaban su porte, su figura y su belleza, pero estaban reticentes en lo que tocaba a su personalidad. Nadie parecía conocerla de verdad o haber sido invitadas a su casa, un misterio la envolvía.

Egan no paraba de chasquear los dedos en un tic nervioso y como una persona que busca una idea que se le ha escapado. En el camino de regreso hacia la taberna se había quedado

repentinamente silencioso hasta que dio un brinco y exclamó:

- Ya sé dónde había escuchado este nombre: Elensur. Me sonaba familiar y no sabía por qué. La madre de Fiamma tiene que haber sido, sí por seguro. Verás, la Guardiana siempre escoge varias hijas de las familias antiguas para entrenarlas en realizar su labor cuando se ha ido. La herencia es de sangre, pero no siempre existe una heredera y ella toma varias aprendices a su cargo hasta escoger la más adecuada.
- ¿Quieres decir que la madre de Fiamma fue Guardiana?
- Nunca llegó a serlo. Al parecer hubo un escándalo porque se esperaba que ella fuera nombrada pero cuando la Guardiana escogió a otra, ella armó un drama y se fue con ingratitud. Luego, no se supo mucho de ella.
- ¿Todavía vive?
- Murió hace un par de años y antes se pasó el resto de su vida encerrada en su torre profiriendo su odio hacia la Guardiana.
- No me sorprendería que el odio hubiera pasado de madre a hija.

Sobre esta nota habíamos terminado nuestras pesquisas nocturnas y habíamos averiguado bastante sin embargo vivía atemorizada por la visita del día siguiente. Esta mujer me provocaba tanta fascinación como miedo y la combinación de las dos me hacía temblar las rodillas. Tuve sueños pesados y durante la noche seguía regresando la frase que había marcado el comienzo de mi aventura: *Salish Vell Sertana*, la sangre será la salvación. Esta voz me hablaba, quería indicarme algo que no era capaz de entender, desperté frustrada y angustiada.

## CAPÍTULO 15

La Mansión Elensür ocupaba por sí sola la mitad de una calle. Cualquiera de las casas que colindaban con ella, empequeñecían ante la comparación. Desde la entrada alcanzaba a distinguir tres esferas, que se iban hacia atrás donde seguramente habría más aposentos. Cada una de las esferas era de vidrio espeso y teñido del azul profundo, el color de las Iniciadas, y un remedio contra las miradas indiscretas. En la puerta colgaba una serpiente de plata que golpee contra la madera para anunciar mi llegada.

Esperaba sobre el último escalón cuando me abrió un hombre que a todas luces era el mayordomo, llevaba sobre su torso un frac que era desproporcionadamente grande en comparación a sus piernas, tenía una caja torácica impresionante y una piel lívida. Me observó con sus ojos diminutos y esbozó una leve sonrisa que era más como una mueca. Su cráneo estaba completamente despoblado y su calva resplandecía al sol, daba la impresión de no estar del todo vivo y me habló con una voz sin sentimientos:

- Madame, vendrá por usted en un momento. Puede esperar aquí.

Me abandonó en medio del recibidor cuyo techo subía en una curva tan alta que no permitía distinguir los detalles. El suelo era también de vidrio y entre las placas que lo constituían habían engravado filminas de plata que trazaban ríos y en las juntas se repetía el dibujo de una serpiente. De las paredes también colgaban hilos de plata que sostenían retratos de mujeres pertenecientes a distintas generaciones. Las mujeres guardaban entre sí un parentesco y una belleza como la de Fiamma, cada una de ellas poseía los mismos ojos verdes y me detuve a analizar la última pintura.

La mujer en cuestión ya tenía los cabellos plateados, pero era sin dudar la madre de la actual Elensür y en el conjunto algo desencajaba. Quizás las manos más crispadas de lo usual o la mirada que parecía turbada y delataba una furia apenas encubierta por la pose relajada. Pensé que me hubiera dado temor enfrentarme a semejante mujer, pero no tuve tiempo para ahondar en mis miedos que atrás de mí llamaba la voz de Fiamma. Parecía haberse materializado a mi lado:

- Ella es mi madre, pequeña, una mujer que sabía infundir respeto, pero que tuvo un fin desgraciado. La admiraba mucho.

No supe si debía responder a esta afirmación y, en todo caso, no me sentía con ánimos para alabanzas. Estaba en este sitio en cualidad de espía y en definitiva Fiamma Elensür me caía mal. Tomamos el té en un salón menos ceremonioso y decorado con feminidad, nos rodeaban bordados de flores y tapicerías, el criado nos sirvió la bandeja y Fiamma lo despidió sin mirarlo:

- Puedes dejarnos, Scarfidi.

El nombre le iba a la perfección y en cuanto probé el líquido caliente empezó un interrogatorio



bastante feroz. Fiamma lo llevaba con su voz cantante y con una dulzura que engañaba, pero en el fondo de sus preguntas había suspicacia. Insistía en mi nacimiento, en descripciones del reino, quería detalles y deseaba verme tropezar en alguna incongruencia. Se diría que sabía que estaba mintiendo, que conocía de antemano mis orígenes y que esperaba agarrarme en la construcción de mi disfraz. Yo también tenía mis conocimientos y dudaba que ella hubiese visitado el Reino de las Contradicciones así que fui construyendo el relato con descripciones que sabía ciertas y otras inventadas. Ella asentía todavía desconfiada, pero logré conducir la conversación hacia el entrenamiento y la posibilidad de educarme con ella:

- Pequeña, no puedo negar que tienes potencial, aunque muchas son las que requieren del aprendizaje. Creo que lo mejor será dejarlo a una prueba, si la superas podrás comenzar desde mañana. Si fallas no me hago responsable de las consecuencias, ¿aceptas?
- Por supuesto.

Estaba enervada por su manera de llamarme pequeña y evitar mi nombre. Me enfurecía su dominio de sí misma y su aura que podía percibir y reflejaba mis propios miedos. Decidí probarle de una buena vez de lo que era capaz.

BREAK

Regresamos al recibidor y Scarfidi abrió la puerta principal del cuarto que se situaba DE frente a la de la entrada mientras lo hacía tuve la sensación de que se burlaba de mí, algo lo estaba divirtiendo y me cayó todavía peor. De pronto, me envolvió el perfume de las flores, una bofetada de oxígeno en medio de la ciudad y me asombré frente al jardín que guardaba la mansión.

Fiamma estaba orgullosa de su creación y me describía los nombres de las plantas y arbustos que atravesábamos: Reinas de la Noche que terminaban en flores blancas, árboles de orquídeas que pintaban el suelo de morado, jacarandas que se elevaban hacia el cielo y mimosas amarillas. Entre los aromas percibía también la vainilla y otros tantos que me eran desconocidos. Hicimos camino hasta un quiosco que se elevaba en unos escalones.

Era una plataforma rodeada por columnas que terminaban en un vacío y encuadraban una piedra ancha de aspecto ceremonial que podía relacionarse fácilmente con un altar. El lugar bien hubiera podido ser usado para sacrificios humanos o cualquier otro tipo de ritual y me ponía la piel de gallina. Fiamma, al contrario, se estaba desenvolviendo con soltura, este espacio le agradaba y se sentía a sus anchas en el santuario. Yo aproveché para ubicar las demás habitaciones que en total sumaban ocho, aunque era imposible determinar el uso de cada una. Me advirtió:

- La prueba iniciará en unos momentos. Si logras vencerla estaré en mis aposentos. Me hallarás al final del camino de piedra.

Sin desearme suerte o explicarme en qué iba a consistir la prueba se fue alejando y su vestido dorado iba rozando la grava. Respiré hondo y estaba lista para un ataque, voces o siluetas que

podían acecharme desde la naturaleza. No escuché nada y me mantuve en el quiosco que constituía un buen punto de observación. Un breve movimiento entre las hojas en el suelo me indicó que debía de estar alerta y en consecuencia medí mi respiración y me puse en sintonía con lo que me rodeaba.

Las hojas crujieron en distintos lugares, hubieran podido ser las patas de insectos invisibles y agucé la mirada, sin embargo, me confundía la monotonía de los colores. El ruido se fue deslizando y pronto entendí de donde provenía. Acercándose al quiosco se arrastraban serpientes de escamas verdes que se iba moviendo desde varios puntos y comenzaban a asaltar el camino de piedra. Mi pavor para los reptiles era menor que el que guardaba para las arañas o los escorpiones, pero, aun así, no le tenía especial cariño para las serpientes y empezaba a darle sentido a las palabras de Fiamma.

Ella no se hacía responsable de las consecuencias y estaba sola contra las bestias que bien podían ser venenosas. Traté de dirigir mi mente a una de ellas y ver si podía controlarla, pero algo se me escapaba, no lograba mantenerme concentrada y separar el aura del animal de lo demás. Lo intenté con otra, consciente de que estaba perdiendo tiempo y mientras me enfocaba en una, las demás avanzaban. Redoblé el esfuerzo y fue cuando comprendí de qué se trataba la prueba, las serpientes no eran reales eran simples ilusiones destinadas a asustarme, aunque también pudieran ser capaces de hacerme daño.

Era parecido al Bosque de los Anhelos, mostraba imágenes que era producto de mi mente. Me dediqué a la más cercana, enfocando mi energía hacia ella, teniendo en cuenta que la serpiente no era real y que podía desaparecer en cualquier momento. Después de unos momentos, se detuvo y se produjo un chasquido. La serpiente se evaporó por los aires, pero estaba lejos de haber solucionado mi problema, atrás de mí escuché un silbido. Una de las serpientes más grandes iba subiendo los escalones, acercándose a mi sitio privilegiado y sacando su lengua bífida.

Desconocía el alcance de las ilusiones y su poder. Aunque sabía por mi experiencia en el bosque que el miedo de uno mismo es el peor enemigo y perder el control puede resultar en un daño irreparable. Trepé por la piedra rectangular hasta quedar en las alturas y en este equilibrio precario repetí la técnica que había usado con la primera serpiente. A pesar de mis esfuerzos y de haber eliminado varios ejemplares continuaban llegando y mi fuerza disminuía.

No tenía tiempo para reposar y el estar usando Sagne con tanta insistencia me provocaba dolor en el cuerpo y mareos. Pensé que podría desmayarme, me sentía débil y exhausta y la cantidad de serpientes parecía haber apenas disminuido. Me senté en cuclillas y posé las dos manos sobre la piedra. Quizás el lugar mismo pudiera regenerarme. En efecto, la piedra estaba cargada de energía como si hubiera existido desde hace muchos años atrás y entonces un relámpago cruzó mi cabeza.

Fue como un dolor muy agudo en las sienes. Era como si hubiera establecido una conexión con la piedra misma y era capaz de acceder a ciertos momentos de su historia. Estos momentos se

aparecían y luego se esfumaban en la manera en la que se ve una película cuando se le adelanta. Sólo podía distinguir mujeres en ropas ceremoniales que hacían grandes gestos y parecían pedirle a la piedra que les donará parte de su poder. Sabía que estas mujeres eran reales puesto que las había visto recientemente colgando en las paredes del hall.

Al igual que cuando la princesa y yo habíamos realizado la curación en el soldado, estaba entrando en contacto con las memorias de la piedra. Los materiales, aunque son inanimados suelen poseer esta cualidad de retener ciertos eventos y esta piedra se había cargado de poder a lo largo de los años. A través de esta película que pasaba por mi mente como una corriente eléctrica, vi una imagen que retuve. Era la propia Fiamma que había cubierto la piedra con un mantel de seda sobre el cual ella se inclinaba.

El rostro de Fiamma estaba marcado por el esfuerzo y la concentración y yo no alcanzaba a distinguir lo que ella estaba observando. En un breve relámpago pude divisar que se trataba de un objeto de tamaño mediano hecho de oro y vidrio y que brillaba con luz propia. Sus destellos de energía vibraban hacia el exterior. Después de esto la conexión se cortó y me dejó temblando.

Tuve el tiempo de advertir que una de las serpientes se acercaba por detrás y sus ojos brillaban mientras se dirigía hacia mis piernas. Bajé la mano y con el mismo procedimiento, la desaparecí. Reconocí al instante que mi estado había cambiado, el contacto con la piedra había recargado mis energías perdidas y aprovechando de este lapso de fuerza, hice uso del Sagne y fui aniquilando una víbora tras otra. Sus esfumaciones se anunciaban con un chasquido y cuando terminé tuve que recargarme contra la piedra pues no sabía si podrá caminar tras esta experiencia.

Sin embargo, crucé el quiosco y el resto del camino de piedra mientras escuchaba como el jardín retornaba a la calma. Pensé que sería muy agradable tener un jardín así, un lugar donde reflexionar y donde leer, y que debería de proponérselo a mamá cuando estuviese de regreso en mi mundo. Luego, tuve que alejar estos pensamientos porque con los recientes eventos quién sabe cuánto tiempo tardaría en estar al lado de mamá.

BREAK

Los aposentos de Lady Fiamma tomaban la forma de un óvalo y a sus costados tenían adjuntos otros dos cuartos. En cuanto empujé la cortina, ella me recibió con su habitual sonrisa. Fue al bajar la vista hacia sus brazos que lancé un grito. Sostenía un reptil que superaba a todos anteriores tanto por su tamaño como por el verde de sus escamas. Me puse en posición de ataque, pero la Iniciada se río y depositó el animal en el piso:

- Contra ésta no puede hacer nada, no es una ilusión como las demás, es Nisha, mi mascota. Debo felicitarte por tu actuación e invitarte a tomar asiento. ¡Estás pálida y tu cabello es un desastre!

Nos sentamos sobre su cama y mientras ella se empeñaba en acomodarme el cabello yo respiraba su perfume de vainilla y dibujaba en mi mente los elementos de la recámara.

Afortunadamente, Nisha, la serpiente mascota, se había ausentado de mi vista, pero sus semejantes salpicaban el decorado. Serpientes de madera para las patas de la cama, serpientes en la alfombra y otras para formar las llaves de agua de la tina. El animal debía tener un poderoso significado para la familia y esto me intranquilizaba.

La serpiente es sigilosa, bella de lejos, pero peligrosa, poco confiable y símbolo universal de la traición y esto era precisamente lo que yo leía en los ojos de Fiamma. Las paredes habían sido forradas de un tapiz rojo y la cama estaba recubierta por un mosquitero. El lugar denotaba precisión, orden y vanidad, al igual que su dueña. Pregunté por las dos puertas cerradas:

- Uno es mi laboratorio. Me gusta jugar con la química y también hago experimentos sobre el veneno de serpiente. A la izquierda está mi biblioteca. Te la voy a ensañar y será por única vez ya que solamente yo tengo acceso a ella.

Como para probar la veracidad de sus palabras, sacó un medallón de su escote y lo insertó en la cerradura. Se escuchó el sonido de un mecanismo activándose y después se abrieron las puertas. Era una biblioteca lujosa. Aunque de todos los cuartos de la casa, este debía ser el menos atractivo para los ladrones. Los estantes nacían en el suelo y terminaban en el techo. Los libros estaban alineados por colección y por colores mostrando sus finos lomos de cuero y sus letras de molde. Había también un diván ancho y un atril que sostenía un pesado volumen. El sostén era proporcionado por una base con dos serpientes de cristal. Finalmente, había un retrato de Fiamma dibujado en la misma escuela que los de sus antepasadas. Un simple adorno para su vanidad femenina.

Nos detuvimos frente a la pintura que mostraba las mejillas sonrosadas de mi anfitriona. Ella volteó hacia mí:

- ¿Te gustaría ser como yo? – No aguardaba esta pregunta y mi instinto hubiera sido el de escupir en el suelo. Pero sabía cuán importantes eran para ella los halagos.
- Nada me sería más grato. Sin embargo, creo imposible igualar su brillo.
- Lo intentaremos, pequeña, lo intentaremos.

Me pareció que, más allá de las serpientes, esta pregunta había sido la verdadera prueba. Me guardé de hacer comentarios y me despedí con una cita formal para comenzar mi aprendizaje. Scarfidi me señaló la salida y tuve la impresión de que me seguía con la mirada. Esperé hasta asegurarme de estar lejos de su vista y eché a correr hacia la taberna del León Dormido. Me sentí segura hasta estar entre Egan, Alf y Alfie y con un generoso pedazo de tarta enfrente.



## CAPÍTULO 16

Lo primero que hice después de comer pay de manzana fue dibujar de memoria un plano de la mansión Elensur: la distribución de los cuartos, la ubicación de las puertas, las conexiones entre recámaras, me faltaba todavía visitar la cocina y el comedor. Egan insistió en que averiguara si existía alguna puerta trasera o lateral por la que se pudiera entrar a la mansión sin necesidad de saltar o romper una ventana.

Las tareas fueron divididas. Yo me encargaría de la vigilancia diurna, tratando de pescar cualquier información relativa al Katar y a las actividades de Fiamma. Durante la noche, Egan pondría a funcionar sus dotes de cazador y trataría de hallar el objeto o algún documento relacionado con él. Fiamma era nuestra única pista y existía la posibilidad de que, si ella no fuese la culpable, al menos lo conociera. Dimos vueltas a la información que estaba en nuestras manos y el rey Egan se rascaba la cabeza con fuerza:

- Si está usando el Katar, debe hacerlo de noche. De día no se expondría, sería demasiado arriesgado.

Sí, la suposición era correcta. Debía de usar el objeto en secreto, en un lugar inaccesible. Hasta que no tuviera un control total sobre el Katar, cosa que era casi imposible, no podía presumir al mundo de tenerlo en su posesión. Entre más sumaba los datos, más me parecía que las ideas iban esclareciéndose y mi mente regresaba a las visiones de la piedra. Le conté la experiencia a mis compañeros y Egan asintió:

- Debe ser el Katar. No es un objeto muy grande, pero, dudo que ella, que ni siquiera fue aprendiz de Guardianas, sea capaz de manejarlo. Por eso, quizá, ha tenido efectos tan dispares.
- Tienes que ir con mucho cuidado, Egan, y no intentes nada por ti mismo. Regresa a salvo y juntos podremos decidir mejor. - agregó Alf que ya se había sumado a nuestra misión.

Las cinco niñas que compartían conmigo el privilegio de ser entrenadas por Fiamma Elensür, le profesaban una admiración sin límites. Mantenían sus narices puntiagudas en el aire y copiaban hasta el más mínimo gesto de nuestra maestra. Portaban el cabello suelto y algunas se habían aplicado rubor en las mejillas de la misma manera que lo usaba Fiamma. Cuando hice mi entrada al salón, me barrieron con la mirada e intercambiaron cuchicheos y risas. En eso, no diferían demasiado de cualquier otro grupo de niñas en cualquier escuela del mundo.

Atravesé sus filas como soldado en bando enemigo y con la conciencia del aspecto vital de estos primeros minutos. Era la misma prueba que sufrían los maestros. Si desde el principio dejas en claro que no pueden meterse contigo: la libras. Si no, puedes desencadenar un infierno. Además, se veían uno o dos años mayores que yo así que era imperativo resistir el ataque con la cabeza en alto.

Fiamma nos hizo pasar al comedor que estaba dominado por una larga mesa de roble. Había tantos cubiertos como alumnas y un número desconcertante de cuchillos y tenedores. No relacionaba esta escena con el uso del Sagne, pero, como vería a continuación, ésta no era una clase cualquiera. Fiamma golpeó una de las copas con el tenedor, a manera de brindis:

- Pequeñas, como hemos visto en estas semanas, convertirse en una Iniciada es, ante todo, convertirse en una dama. Y una dama sabe comportarse en la mesa.

Así que, acto seguido, pasó a darnos una lista de los usos y determinaciones de nuestros cubiertos. Cucharas soperas, para postre, cuchillos para el pescado y para la carne, tenedores para mariscos y demás. Mis compañeras bebían de los labios de Fiamma, absorbían sus palabras, mientras yo me perdía en la contemplación del jardín. El quiosco llamaba mi atención y también la silueta de Scarfidi que arrastraba una cubeta con trozos de carne. Debía de ser la hora de la comida para Nisha, la serpiente mascota, y no contuve la risa al ver los pasos de bailarina del mayordomo y su cara de susto.

Mi desconcentración me valió una mirada glacial de Fiamma y los ojos de pescado de mis compañeras se fijaron en mí. Tuve derecho a una reprimenda y un sermón sobre la suerte que tenía al estudiar con Fiamma y la manera en que desperdiciaba semejante oportunidad. Al terminar, mi maestra hizo una serie de preguntas que contesté al azar y ya que era incapaz de nombrar con corrección los cubiertos, Fiamma sentenció:

- Tu castigo queda para en la tarde. Y comerás en la cocina.

Para mí, el castigo suponía un alivio. No compartía el entusiasmo de mis compañeras por los buenos modales de las Iniciadas y la cocina me protegía de los comentarios de Fiamma. La cocinera resultó tan antipática como el mayordomo, pero me dejó comer en paz y en silencio. Scarfidi fingió entrar con naturalidad, aunque su frente estaba cubierta de sudor y se notaba por su agitación que había estado corriendo.

La cocinera llenó el cubo de la basura y abrió una puerta que no daba ni al jardín ni al comedor para echarlo. Con una sonrisa disimulada apunté este valioso dato: una salida sobre un callejón. Me imaginé que Egan iba a apreciar la información, aunque por el tamaño del cerrojo le sería bastante difícil forzar la puerta. Eso sin contar con las posibles protecciones o alarmas que tuviera la mansión Elensur.

En la tarde, nos instalamos en el jardín donde intenté ensayar una pose humilde esperando ser perdonada. Bajé los ojos, miré mis zapatos como si de verdad estuviera arrepentida. No temía al castigo tanto como perder mi lugar en la escuela y por lo tanto mi puesto de espía. Sin embargo, Fiamma no había olvidado nada y en cuanto estuvimos en el quiosco, me ordenó que me tendiera sobre la piedra. Las alumnas se pusieron alrededor mío y yo sentí el frío de la piedra contra mi espalda y el miedo de ser sacrificada en un extraño ritual. Fiamma procedió a dar las instrucciones:

- Vamos a repetir el experimento que llevamos a cabo con el gato, pero ahora con Isabelle, nuestra compañera desobediente. Tengan cuidado, los seres humanos suelen poner más resistencia que los animales. Y, peor, si tienen contacto con el Sagne.

Fiamma colocó sus manos sobre mi cabeza, sin aplicar fuerza, pero con la presión suficiente para que entendiera que debía quedarme quieta. Intenté relajarme, hacer contacto con alguno de los árboles más cercanos y prepararme a mi vez para poder contraatacar. Pronto, supe que mis esfuerzos eran en vano.

Tres alumnas estaban usando su energía para inmovilizarme. Sentía como si tuviera cuerdas atadas en los tobillos y en las muñecas. En cuanto a la cabeza, estaba custodiada por Fiamma que con las manos y con el Sagne me nublabla el pensamiento. Esto no era tan grave como hubiera imaginado. Pensaba que el gato había corrido peor suerte. Pero, no había que subestimarlas. A pesar de mis resistencias, las demás alumnas tenían un poder elevado y de Fiamma, ni hablarse.

De pronto, recibí un pinchazo en la pierna y luego otro, y luego otro. Era como si, de repente, un ejército de abejas me estuviera atacando. El hormigueo continuó por el estómago y se transmitió a las piernas. Mis músculos se aflojaron y por un momento creí que iba a desmayarme. Lo que estaban haciendo las otras dos alumnas me espantó: estaban tomando mi energía. De la misma manera que yo me reponía con las plantas, ellas me estaban usando a mí.

Así como yo había aprendido de la princesa a utilizar el Sagne para curar o para defenderme, ellas estaban aprendiendo a hacer daño y alimentarse de los demás. Me daba miedo usar mi propia energía para defenderme. Si acudía a los recuerdos, era probable que se creara un canal y entonces ellas verían las imágenes de mi mundo y mi disfraz se habría echado a perder.

Evalué sus auras, pero ninguna resultaba maligna, todavía. Estaban asustadas, quería probarle a su maestra que podían realizar el ejercicio. Querían ser admiradas y no eran conscientes del dolor o del daño ajeno. Sobre mis sienes, la presión iba acumulándose hasta transformarse en dos clavos que taladraban mi cráneo. Fiamma empezó a actuar y entendí lo que se proponía. Era lo que había estado evitando hasta el momento. Quería acceder a mi memoria y desde ahí sus intenciones podían tomar cualquier matiz. Desde descubrir mi mentira hasta doblegarme a su voluntad o modificar mis recuerdos.

En mi mente, me esforcé para pensar en el Reino de las Contradicciones, pero sabía, que no iba a poder sostenerlo mucho tiempo. Las otras continuaban aplicándose sobre mis brazos y piernas, dejándome como un insecto en vitrina. Se estaban alimentando de mí y podía notar que lo estaban disfrutando. Mientras, mi cuerpo se iba debilitando. El ejército de Fiamma. Un ejército de niñas jugando, demostrando su superioridad y caminando en la ignorancia hacía el mal. La Iniciada rompía mis barreras, se abría paso a través de mi alma.

Mi energía nunca podría medirse con la suya. Si confiaba en el Sagne, el mío era un caso perdido. Detectaba en mis compañeras las primeras fallas. El experimento se estaba alargando,



ellas estaban diseminando su concentración. Empezaban a pensar en las vacaciones, en sus padres, en el postre y el hilo de su conexión se iba disolviendo. Si lograba sólo un breve contacto con ellas, suficiente para proyectarles una imagen desconcertante tal vez sería suficiente para que sus mentes soltarán los amarres.

Recientemente, cuando todavía andaba por mi mundo y podía ir al cine. Invento del que ni siquiera habían oído hablar en estas tierras. Entré a ver una película de terror. Tengo debilidad por este tipo de filmes y mamá consintió en que lo viéramos juntas, aunque ella se tapó los ojos en casi todas las escenas. Ésta era una película de vampiros y el antagonista siempre aparecía rodeado de murciélagos y con los colmillos ensangrentados. Pensé que ellas no sabrían nada de semejantes criaturas y que me daría el tiempo necesario para mi siguiente movimiento.

Pensé en el vampiro con la boca pintarrajeada de rojo, levantándose de su ataúd y, utilizando el puente que habían tendido entre nuestras conciencias, les mandé esta imagen. Una de ellas soltó un grito y otra salió corriendo, las que quedaban intentaron hacerse fuertes pero la imagen las distraía y, poco a poco, estaban aflojando la presión. Este es el momento que esperaba y cuando sentí que mis piernas iban quedando libres, abrí los ojos, y le propiné a la primera en mi línea de visión una patada en el codo que no olvidaría tan fácilmente.

La niña se apartó de mí para sobarse y a la que quedaba le apliqué el mismo tratamiento. Ya cuando ellas estuvieron neutralizadas me fue más sencillo girar la cabeza y escapar también de la presión de Fiamma. Me levanté y me paré en el sendero, lista para otro ataque. Estaba en posición de defensa, con mis puños en el aire y dispuesta morder y arañar a la primera que estuviera cerca. Sin embargo, para mi sorpresa, Fiamma sólo las llamó al orden y después empezó a aplaudir:

- Bravo, pequeña, has demostrado tener la sabiduría para utilizar el Sagne y ustedes ya vieron que utilizar su energía con un ser humano comporta complicaciones mayores. Te has defendido muy bien, pequeña, ya podemos olvidar tu ofensa de hace un rato.

Así que no habría más castigos ni me iba a correr de la escuela. No creo que fuera por su aprecio hacía mi persona. Más bien me daba la impresión de que deseaba tenerme bajo su vigilancia. Nos convenía a ambas y de este momento en adelante puse cuidado de que no me volviera a pillar en falta.

BREAK

Egan también me relataba sus progresos nocturnos que consistían en primer lugar en hallar un camino de entrada para la mansión.

Un camino discreto y silencioso.

Continuaron las clases sin que yo trabara amistad con las demás alumnas. Me mantenía separada del grupo y sus conversaciones giraban en torno a los vestidos y a las diferentes fiestas de sus familias. Los padres de mis compañeras eran poderosos y ellas gustaban de presumir de ello. Sus padres formaban parte del magisterio o del parlamento y sus madres eran Iniciadas,

aunque ninguna con tanta reputación como Fiamma.

Nuestra maestra se empeñaba en enseñarnos los modales que incluían desde el arte de la conversación hasta el vestido. Yo me aburría hasta donde era posible. Las otras clases, las que eran dedicadas al Sagne, se enfocaban a la manipulación. Scarfidi se volvió nuestro principal sujeto de experimento y por más que él me desagradará, me daba un poco de pena verlo sometido a nuestros intentos. Algún día lo obligábamos a torcer su cuerpo en posiciones extrañas o a darnos respuestas en contra de su voluntad.

Me causaba repugnancia este mal uso de la energía y los propósitos que pudiera servir más adelante. Además, tenía que controlar mis propios poderes y evitar revelar demasiado acerca de mi identidad. Trataba de no sobresalir y fallaba a propósito muchos de los ejercicios. Salíamos poco y Fiamma recibía a veces visitas. Se dejaban ver por la mansión las túnicas negras de los miembros del Parlamento entre las que reconocí al primo de Egan. Estas visitas iban siendo cada vez más frecuentes y cuando se trataba de una figura importante, Fiamma nos mandaba a jugar al jardín.

Una tarde se presentó un hombre. Era gordo. Bajo la túnica se notaba la panza redonda, tenía los ojos saltones y una papada que le daba algún parecido con un sapo. Nos mandaron a desaparecer al jardín y noté que mis compañeras estaban emocionadas, una de ellas comentó:

- Es el Ministro Darvanar. Debe ser un asunto importante.
- ¿El Ministro? ¿Él que es miembro de la comisión para el uso del Sagne?
- El mismo. Seguramente, vino a pedirle algún consejo a Lady Fiamma.

Mientras continuaban discutiendo sobre las posibles razones de la visita de este personaje, yo me escabullí hasta el hall. Scarfidi estaba encargado de vigilarnos, pero puesto que las niñas siempre le jugaban algún truco sucio, había decidido refugiarse en la cocina y no hallé obstáculo alguno para llegar a la puerta del salón de té. Pegué la oreja a la puerta de madera. El hombre estaba hablando y en su voz se notaba irritación y también el conocimiento de su propia importancia:

- Lady Fiamma, usted entenderá que no podemos esperarla mucho más ni continuar dándole dinero. No hemos visto aún este objeto del cual nos ha hablado tanto y no ha sido capaz de darnos una prueba de su supuesto poder.
- Ministro, debe tener paciencia. Una vez que logré controlar el objeto, usted obtendrá un poder sin precedentes y cambiará para siempre la faz de Ciudad Burbuja. Debe tenerme paciencia. – Por primera vez, Fiamma dejaba translucir que tenía miedo y probablemente odiará al hombre en cuestión.
- Paciencia, paciencia. Se la tuvimos a su madre y ella falló en su misión. Le voy a dar una extensión de tiempo: una semana. Pero, si no logra convencerme al cabo de esta semana, tendré que tomar medidas.

Ya no pude escuchar la respuesta porque la figura de Nisha apareció al otro extremo del hall. Sus ojos de reptil estaban mirándome fijamente y su lengua silbaba en mi dirección. Eché a correr lo más pronto posible y sólo podía esperar que la serpiente no pudiera comunicarle a Fiamma lo que había visto. Cuando pasé junto a ella fingió lanzarse hacia mí, pero no me hizo daño, más bien era una advertencia que quedaba de lo más claro.

## CAPÍTULO 17

Esta noche, la taberna del León Dormido entró en acción. Egan que estaba a todas luces cansando por sus exploraciones nocturnas, dijo que estaba listo para penetrar la mansión y puesto que el tiempo corría, lo haría esta misma noche. Trataría de no ser visto para que pudiéramos volver mañana y sustraer el Katar de las manos de Fiamma. Me fui a dormir intranquila por los resultados del siguiente día y cuando Alfie me despertó con lágrimas en los ojos, supe que lo peor había pasado.

Su padre me esperaba abajo y sus ojos de oso estaban enrojecidos como si él también hubiera estado llorando. Contra todas las reglas, la taberna había permanecido cerrada. Así que estábamos solos los tres y la esposa de Alf que se afanaba en la cocina para prepararnos galletas y chocolate, una dieta para la moral abatida. El gran cazador me tomó las manos entre las suyas y soltó lo que yo ya estaba esperando:

- Egan no ha regresado. Propongo que aguardemos hasta el mediodía, pero si pasada esta hora no tenemos noticias empezaremos a formar nuestro propio plan.

Pensé en volver a mis cursos e investigar desde ahí, pero pronto descarté la opción. Egan había sido presentado como mi padre y si había sido capturado mientras espiaba, yo correría la misma suerte. No valía la pena apostar a esta salida y para no entristecernos demasiado nos pusimos a barrer debajo de las mesas y a fingir que estábamos realizando una gran limpieza. El movimiento físico nos ayudaba a mantenernos distraídos.

Sin embargo, al mediodía fue evidente que Egan no iba a volver. Medité sobre las palabras de su mujer y en las palabras que el rey había pronunciado cuando hablaba de su promesa a la Guardiania y de los riesgos que íbamos a enfrentar. También pensé en la crueldad de Fiamma, en su corazón de piedra, y sentía que si algo le había pasado a Egan sería como haber perdido otro padre. Retuve las lágrimas que no me servían de nada y les dije a los demás:

- Tenemos que ir por él.

Alf estuvo de acuerdo y en el mismo momento que acordó ayudarme, descolgó de la pared el hacha más grande que pudo encontrar. Tocó el filo con la punta del dedo comprobando que estaba afilada y al plantarla a sus pies era como si estuviera haciendo una declaración de guerra. Yo me sentí más segura puesto que enfrentarme a Fiamma o a su serpiente me dejaba congelada de miedo. El cazador propuso lo siguiente:

- Vamos a prepararnos y esta noche iremos para allá.
- Yo también voy. - afirmó Alfie con su voz de niño y su padre y yo volteamos a verlo con incredulidad.
- Ni loco, niño, tú te quedas en casa. - pero Alfie no parecía decidido a escuchar consejo y siguió en su propuesta.

- Yo estoy decidido a usar mis poderes y ponerlos al servicio de Lady Isabelle.

Al decir esto se ruborizó, aunque continuó mirándonos fijamente y accedimos a su petición con la condición de que se quedará fuera de la mansión, montando guardia. Accedió a regañadientes y nos dispusimos a esperar a la obscuridad.

A la medianoche, protegidos por nuestras capas y con cuidado de evitar las rondas de los guardias fuimos hasta la mansión Elensur. En la obscuridad, el tamaño de sus cúpulas y el color de éstas, le daba un aspecto tenebroso. Insistí en usar la puerta del callejón para entrar con mayor discreción, pero Alf decidió de otra manera, me observó con los ojos brillando de cólera:

- Ellos tienen a mi amigo y yo vengo por él. No hay necesidad de andarnos con sutilezas.

Acto seguido, empuñó su hacha con las dos manos y descargó su furia con la puerta principal que no tardó mucho tiempo en ceder. Astillas iban volando sobre el pavimento y yo apreté los puños, si los vecinos se daban cuenta del escándalo pronto tendríamos la guardia encima. Una vez abierta la puerta en canal, el cazador la remató de una patada y la madera se abrió en dos dejándonos el camino libre hacia adentro de la casa.

Penetramos en el recinto que apenas estaba iluminado por un par de antorchas proyectando sombras en el fondo de la sala. Alf iba delante de mí, protegiendo mi cuerpo con su ancha espalda y blandiendo el hacha. Alfie se había quedado afuera vigilando la calle. Íbamos a tientas y sobre nuestras cabezas pendían los retratos de las Elensur. Le daba direcciones a mi protector que se adelantaba hacia el jardín. No vi el arma, pero escuché el silbido de la hoja y el grito de dolor de Alf.

En su pierna derecha había un corte profundo y de la herida manaba sangre. La figura de Scarfidi se hizo visible, sostenía la espada que acababa de descargar. Alf lanzó un grito de rabia mientras el mayordomo iba retrocediendo con el arma entre las manos. El cazador me ordenó:

- Corre, encuentra a Egan. Yo me ocupo de éste.

No envidaba la suerte de Scarfidi porque el hacha apuntaba directo a su cabeza y conociendo a Alf seguramente encontraría su camino. Continué hacia el jardín. El viento soplaba entre los árboles e hice caso omiso del frío y de la visión macabra del quiosco y sus columnas. En el cuarto de Fiamma las luces estaban encendidas, aunque a primera vista, la habitación estaba desierta.

Seguía hasta la biblioteca, Fiamma estaba de espaldas contemplando su retrato y espantada, constaté que Egan estaba en el sillón, apoltronado contra el respaldo. A sus pies, Nisha, la serpiente, montaba guardia y sacaba su lengua en dirección del pecho del rey. El soberano estaba sudando y cuando me vio sus ojos se abrieron en una mezcla de temor y alegría.

Fiamma volteó su rojiza cabellera hacia a mí y me dedicó una sonrisa. Una sonrisa que decía más que mil maldiciones y estaba cargada de maldad, con su voz tranquila, afirmó:

- Te estaba esperando, pequeña. Tengo a tu supuesto padre y ahora tendrás que ayudarme si quieres verlo vivir. Primero, veremos si sirves mis propósitos y luego, veremos si te dejo

respirar o te mato aquí mismo.

No avancé y de pronto una corriente helada trepó por mis piernas. El aura y el poder de la Iniciada me iban rondando y aunque puse bloqueos, estaba tan preocupada por Egan que ella los tiró uno a uno. Sentí cuando penetraba en mi mente y ya no opuse resistencia, entre nosotras, la corriente del Sagne se había establecido.

Ella pescaba en mis recuerdos. Iba recorriendo mi memoria, desechando lo que no le servía y pasando rápidamente por mi infancia. Yo la dejaba hacer. Se decepcionaría con mi pasado y satisfecha su curiosidad vería cómo negociar nuestro pellejo. Parecía detenerse en especial en los momentos de dolor como si se regocijara con ellos. Todas las veces que había llorado por papá y también nuestra mudanza. Por supuesto, se enteró de mi encuentro con la Guardiana y ahí fue cuando percibí la falla.

A pesar de estarme debilitando, Fiamma estaba utilizando su concentración en absorber mis memorias y, por lo tanto, no se estaba protegiendo. Traté de empujar mi cuerpo hacia adelante y fundirme con la energía. Fue como mirar un trueno de cerca y después, como me había sucedido con el soldado, me encontré en otro mundo.

Ahí estaba Fiamma, mucho más joven, calculaba que debía de andar por los doce años, mi propia edad. Estaba viendo por la ventana y observaba otra mujer que reconocí como su madre. La mujer daba vueltas por el jardín, gritaba y lanzaba sus puños contra la piedra del quiosco. Maldecía y se arrancaba los cabellos, sobre las mejillas de Fiamma se deslizaban gruesas lágrimas. La mujer entró con el vestido desgarrado de abajo y manchado de sangre. Ni siquiera vio a su hija y ella le llamaba, pero en los ojos de su madre ya brillaba la locura. Fiamma se refugió en una esquina de la cocina acariciando a Nisha que era apenas una cría.

Salté a otra escena. Esta vez, Fiamma era adulta y se mantenía erguida al lado de la cama de dosel que ya conocía. Entre las sábanas estaba su madre con la piel amarillenta y los ojos hundidos. Comprendí que éstas habían sido las últimas horas de la anciana. Su madre balbuceaba, quería hablar, pero la mayoría de sus frases resultaban incoherentes. Sólo pude captar algunos fragmentos que hacían sentido:

- Dile al Ministro Darvanar, dile a tu padre que siempre lo quise. - fue interrumpida por la tos y con la tos, escupió sangre que Fiamma limpió con su pañuelo. La anciana volvió a hablar. - Tienes que prometerme, hija, que obtendrás el Katar, que tendrás mi venganza.

Fiamma asintió y la anciana la miró con amor. Después, exhaló con fuerza y sus ojos se fijaron en el techo. Había muerto y fui expulsada con violencia de la conciencia de Fiamma. Mi cuerpo fue a dar contra la pared y un intenso dolor me atravesó la pierna. La Iniciada estaba de pie, junto a mí y me observaba con desprecio:

- ¿Estás contenta con lo que viste? Todo lo que pasó con mi madre fue culpa de tu familia. Pero ahora sé lo que necesito y tú serás mi herramienta para controlar el Katar y llevar a

cabo mi venganza. *Salish vell sertana*

- ¡No te ayudaré nunca! - increpé con toda mi fuerza.
- Entonces puedes ver cómo muere tu amigo el rey.

Ella sólo esbozó un gesto de la mano y Nisha comenzó a trepar por el cuerpo de Egan. Iba a alcanzar su garganta y comenzaba a enrollares alrededor de su cuello. No iba a morderlo sino a estrangularlo y Egan no decía nada, simplemente me miraba como si entendiera mi decisión. Pero no pude, no tenía el valor de sacrificarlo por una causa que entendía a medias y dije lo que Fiamma deseaba escuchar:

- Está bien, haré lo que tú quieras.

De inmediato, Fiamma hizo otro gesto y la serpiente relajó la presión hasta que Egan pudo respirar de nuevo. La Iniciada caminó hasta el retrato y lo empujó hacia un lado. Metió la mano en una cavidad que estaba escondida por la pintura. Retiró un objeto que cabía en sus dos manos y que estaba envuelto en un paño de seda. Debí de haberme imaginado que las protecciones de la biblioteca, la llave en el cuello de Fiamma y los cerrojos, escondían un secreto mayor que el amor a los libros. El Katar había estado ante mis ojos y no lo había visto.

Fiamma no removió el paño y nos indicó que la siguiéramos. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza. ¿Qué tenía que ver mi familia con el Katar, con las Elensur? Cada persona me repetía la misma frase: la sangre será la salvación y yo no tenía la menor idea de a qué estaban aludiendo. Mi mamá era una mujer práctica, una mujer de laboratorio con metas y objetivos, no era inclinada a la ensoñación ni a lo sobrenatural. Me acordaba de la novela de la abuela. Los personajes que describía, los paisajes en los cuales se movían y una duda se sembró. ¿Habrá estado la abuela en este otro mundo?

No era del todo imposible ya que había dejado un mensaje y yo misma había cruzado el umbral, sin embargo no tendría tiempo para resolverlo porque Fiamma me empujaba hacia el quiosco y Nisha continuaba vigilando a Egan. Su mirada reptil no dejaba lugar a dudas, estaba dispuesta a atacarlo y al menor movimiento en falso de mi parte estaría arriesgando la vida del soberano. Estaba exhausta por nuestro fracaso, por el afrontamiento con Fiamma y percibía débilmente la presencia de otra aura. Todavía estaba apagada, pero, sin duda alguna, venía del Katar.

Aunque no pudiera verlo sentía su presencia como si de un ser vivo se tratara. Como si el corazón del objeto estuviera latiendo a pocos metros y pudiera escucharlo. Y también, dentro de él, el aura de muchos otros, protegidos y cuidados por su naturaleza mágica. Fiamma se arriesgaba mucho en querer controlar un objeto tan poderoso. Por un momento, al ser testigo de las escenas de su infancia y el sufrimiento de su madre, aquellos eventos desgraciados que habían atrapado a la Iniciada, que la habían arrastrado hacia la venganza, se ablandó mi odio. Pero, ahora, que veía la codicia acechar su mirada y la determinación con la que caminaba, mi compasión estaba

desapareciendo. Su rostro estaba deformado por la ambición.

Depositó el objeto sobre la piedra y mantuvo a Egan apresado entre una columna y la lengua viperina de su mascota. Despacio fue removiendo la tela y la luz inundó la oscuridad. Estuve cegada por un tiempo, chispas bailaban en mis pupilas hasta que logré acostumbrarme al resplandor. Los rayos seguían, pero pude acercarme, curiosa, el maravilloso objeto que emitía destellos: El Katar.

Frente a mí estaba una esfera de cristal, parecida a las que suelen comprarse en mi mundo en la época de Navidad y que al agitarse imitan la nieve al caer. Sin embargo, dentro del Katar no había renos ni Santas, había un mundo en miniatura. Ahí estaba Antigua, las Planicies del Día Eterno, El Reino de la Niebla, el Bosque de los Anhelos, otras ciudades que se propagan al este y al oeste, y finalmente Ciudad Burbuja. Por entre las reproducciones de los edificios se movían diminutas figuras, sombras que apenas brillaban, exceptuando quizás las de Antigua que debían representar a la Guardiana y a Tamaya. Boquiabierta contemplé el mundo dentro del mundo y empecé a entender los alcances, la esencia del Katar.

Fiamma tenía prisa, sus largos dedos temblaban, percibía su nerviosismo. Yo estaba pendiente de la situación de Egan, de nuestra impotencia para salvarnos y al mismo tiempo, me estaba desconectando. El Katar me llamaba y yo me dejaba absorber por su resplandor, mi conciencia se estaba fundiendo con el objeto y entre nosotros se establecía un puente de luz, un flujo, como si fuéramos un solo ente. Un ente que hubiera estado incompleto hasta este momento. Poco a poco, mientras mis párpados se cerraban se iba formando en mi mente el mapa del mundo e iba distinguiendo el pulso de las almas que lo habitan, su propia fuerza vital.

Aprovechando mi debilidad, Fiamma inició su ataque y me tomó por sorpresa. Canalizó su Sagne hacía mí y quería con su fuerza aplastarme, dominarme. Intentaba utilizarme como un canal para penetrar en el Katar. Aparentemente no podía hacerlo por ella misma y por eso me necesitaba. Su energía me estaba aplastando, su poder se ceñía a mi cabeza como un par de tenazas. Me controlaba y me estaba guiando dentro del mapa del Katar, íbamos derecho hacía Ciudad Burbuja.

Nos acercábamos cada vez más a la burbuja y a través de mí quería dirigir el Sagne contra la delicada muralla de la ciudad. Me resistí, pero podía sentir la pujando por destruir la burbuja. ¿Por qué deseaba mutilar la ciudad donde vivía? ¿Qué pasaría con nosotros y con toda la demás gente? Egan debió darse cuenta de lo que estaba pasando porque gritó:

- Quiere matar a la Guardiana. Si rompe la burbuja se irá el último vínculo de la Guardiana con el Katar y acabará con ella.

Me revolvió el estómago y la piel de mis brazos se erizó. Tendría que haberlo imaginado. La Guardiana se había debilitado con la pérdida del Katar y Fiamma quería utilizarlo para eliminarla y ocupar su lugar. Me acordé de las palabras escuchadas en antigua: el Katar



mantiene el equilibrio del mundo. Porque así lo ha querido la Guardiana, porque así lo han protegido por generaciones, para evitar que alguien como Fiamma pudiera emplearlo para dominar a las personas y volverse dueña del mundo.

Marché unos pasos hacia atrás y el esfuerzo era tal como si estuviera empujando una pared. El hilo que viajaba entre el objeto y yo se estiró. No era dueña de mis movimientos. Por un lado, me encerraba Fiamma y por el otro, el Katar me llamaba. Abrí los ojos e intenté dar la vuelta, mi cabeza alcanzó a girar, aunque mi cuerpo se quedó inmóvil. De reojo alcancé a ver una figura diminuta que entraba al jardín. Era Alfie que había decidido ignorar nuestras advertencias y ahora se dirigía hacia nosotros y nadie lo había visto, salvo yo. Si creaba una distracción, quizás, entre los dos, podríamos salvarnos.

Era una muñeca entre las garras de Fiamma, pero, sabía que, sin mí, ella no podía acceder al Katar. Evoqué la imagen de la Guardiana y de todos los amigos que había conocido en mi trayectoria. No tenía derecho a darme por vencida y lentamente, con estos recuerdos en mente, el Katar se fue doblando a mi voluntad. Tenía el objetivo claro y volví a cerrar los ojos.

Lo demás sucedió a una velocidad asombrosa. El ruido sordo de la piedra, primero rompiéndose y seguido golpeando el piso, me advirtió que estaba funcionando. La conexión con Fiamma se rompió y pude moverme de nuevo. Debajo del quiosco, Alfie también estaba trabajando la vista clavada en la serpiente que parecía haberse vuelto una estatua. Egan a su vez se estaba adelantando hacia mí y en un solo movimiento envolvió el Katar en una tela y lo metió debajo de su chaqueta.

Una columna ya había caído, Fiamma estaba cerca de la gran piedra, congelada, y sosteniéndose del altar. Las otras columnas empezaron a craquearse y no tardarían en abatirse sobre nosotros. Egan empujó a la Iniciada con una mano firme y ella cayó al piso. Salimos corriendo hacia la puerta y, antes de abandonar la mansión Elensur, eché una última mirada hacia atrás. Fiamma estaba en el suelo, llorando y jalando sus hermosos cabellos rojos. En ese instante se parecía, más que nunca, a su madre.

Luego, la segunda columna cedió y nosotros llegamos a la salida, la suerte de la Iniciada quedaba a nuestras espaldas. Alf estaba ahí, jadeante, y Scarfidi estaba recogido sobre sí mismo en una esquina, temblando de miedo. El cazador lo estaba amenazando otra vez con el filo de su hacha, pero, en contra de mis predicciones, la cabeza del mayordomo estaba entera.

La calle nos recibió con el amanecer y no nos detuvimos hasta llegar a la taberna del León Dormido. Sobre la ciudad el sol se estaba levantando y a través de la burbuja se formaban miles de arco iris. Inundaban nuestros corazones agitados y así, llorando y abrazados, terminaba nuestra jornada.

En mis manos, el Katar latía y yo sentía sus pulsaciones como si fueran las mías.

## CAPÍTULO 17

Teníamos prisa por irnos y en la ciudad ninguno de nosotros se sentía seguro. Por mi parte, tenía prisa de deshacerme del Katar, de terminar mi misión y devolver el objeto a su verdadera dueña. Tenía muchas preguntas para la Guardiania. Ni Egan ni yo habíamos olvidado la promesa que le habíamos hecho a Alfie de encontrarle quien pudiera iniciarlo en la magia y el uso del Sagne, así que el cazador y su hijo se sumieron a nuestra partida.

Al cruzar la barrera de la ciudad, pude soltar un suspiro. Por fin, luego de tantos días agitados podía respirar en paz y dejar que mi mente divagara a gusto. Lo único negativo de esta libertad recién adquirida eran las preguntas que fluyeran en mi mente y que había mantenido a raya hasta este momento. ¿Mamá estará bien? ¿Me estaría buscando la policía? ¿Qué explicación iba a dar de mi ausencia? ¿Habrá empezado la escuela? Éstas y muchas otras me taladraban la conciencia y, a pesar del buen humor que flotaba entre nosotros, me costaba trabajo ahuyentarlas.

Los que no sabían contener la alegría eran los berks que como buenas lagartijas habían estado esperando el contacto con la naturaleza. Aunque en la taberna las habían tratado muy bien y les habían dado de comer de tal manera que las encontramos más gordas, habían extrañado la hierba y se detenían a menudo para disfrutar de ella: se revolcaban, nos tiraban o jugaban entre ellas antes de regalarse una merecida siesta al calor del medio día.

En estas pausas involuntarias, sus jinetes no teníamos otra opción que buscar la sombra y aguardar que las monturas estuvieran listas para partir. Alf prendía su pipa y yo aprovechaba estos ratos para enseñarle a su hijo los rudimentos del Sagne. Para mí, además, sería probablemente la última vez que hiciera uso de mis poderes. En mi mundo dudaba que fuera posible desplegar mi nuevo talento.

El ambiente era de bromas y de carcajadas, aunque alguno de nosotros, sin falta, volteaba la mirada hacia atrás para verificar que estuviéramos a salvo. Ignorábamos cuál había sido el destino de Fiamma y no podía impedir el miedo de verla aparecer a nuestras espaldas. Por las noches, todavía montábamos guardias. Las fogatas nocturnas estaban monopolizadas por la voz grave de Alf y sus historias de cazador. Por supuesto, siempre nos contaba de su pelea con Scarfidi que con cada día se volvía un oponente más temible. El mayordomo aumentaba con las noches sus dotes de pelea y su habilidad con la espada.

Antes siquiera de experimentar cansancio, alcanzamos las calles torcidas del Reino de las Contradicciones. Uno que otro pueblerino se asomaba por la ventana y los que cruzaban nuestro camino apenas nos saludaban agitando una mano. Pero no era de extrañarse, puesto que en el reino de Egan todo sucede al revés. La Taberna sobre el Arroyo continuaba sobre el puente y se escuchaba una mujer entonando una canción triste.

El cazador y su hijo miraban a todas partes e intercambiaban miradas de asombro. La

esposa de Egan salió a recibirnos y luego de un beso efusivo con su marido, recuperó la seriedad. Nos estudió de pies a cabeza y dijo, como si hubiéramos regresado de una simple visita a la ciudad:

- Egan, ¿Me trajiste mis encargos?
- Te traje algo mejor- contestó el soberano con una sonrisa.

Entonces, saqué de la mochila la tela de seda y dejé al descubierto el Katar. De nuevo, nos invadió su poderosa luz y la esposa de Egan lo observó por un largo rato. Yo me alejé unos cuantos pasos, conocía de sobra el efecto que producía en mí el objeto, su atracción, y prefería evitar las tentaciones.

El gusto de estar reunidos fue breve, yo tenía prisa por entregar el objeto rescatado y dejamos a Egan y su esposa celebrando el reencuentro. Nos quedamos con las lagartijas y avanzamos a buen paso. Notaba que Alfie se iba poniendo cada vez más nervioso pues a él también le esperaba un cambio de vida con el cual no hubiera ni soñado un par de semanas antes.

El castillo del Reino de la Niebla despuntaba en el claro del día, las banderas ondulaban y se advertía movimiento en sus puertas. Carretas y familias cargadas con bultos de cosechas y pertenencias se afanaban por ingresar y comerciaban en el patio. Al parecer, los habitantes estaban de vuelta y la alegría y la excitación se mezclaba en sus charlas. La niebla se había disipado. Apenas quedaba rastro de ella y se extendía a nuestros pies. Nos acariciaba como si quisiera jugar con nosotros, ya no era la niebla fría y amenazante que yo había conocido.

La princesa y los gemelos salieron a nuestro encuentro y recibimos abrazos y besos de parte de todos. Nos consintieron con un festín donde hasta Tarak asistió. La caza también había vuelto y los hermanos ejercieron sus dotes de trovadores. Marrien me gastaba bromas y Malick me prometió escribir una canción para ensalzar mi hazaña. Creo que me puse roja de pies a cabeza. Sentía las mejillas ardientes y pretexté un ataque de sed para darme la media vuelta y escapar.

Al terminar la cena, me quedé a solas con la princesa y aproveché para mostrarle el Katar que ella estudió con atención:

- Te felicito, Isabelle. No debió ser tarea fácil. En cuanto al Katar me alegra que vaya a regresar en buenas manos, no me gustaría tener la responsabilidad de cuidar semejante objeto.
- A mí tampoco. – ella se rió y la observé fijamente, añadió:
- Pero tal vez algún día tengas que hacerlo.

Pronunció lo último con gravedad y no quise insistir sobre la cuestión. La Guardiana tenía muchas dudas por resolverme y en cuanto estuvimos descansados, repusimos la marcha. Alf prefirió quedarse bajo pretexto de la temporada de caza y le costó un enorme esfuerzo despedirse

de su hijo. Consideraba que lo siguiente era tarea de Alfie, su destino, y prefería no interferir. Así que fuimos los dos, en silencio, hasta vislumbrar la reja que protegía el hogar de la Guardiania.

Atamos a los berks afuera y entramos solemnes. La casa parecía haber cambiado por completo desde mi última visita. El color de las paredes se había tornado amarillo solar, los postigos que antes caían de un lado habían sido repintados y colocados en su lugar. De una de las ventanas se escapaba una melodía de piano que se interrumpió en cuanto abrimos la puerta.

Las escaleras retumbaron con la carrera de Tamaya que se abalanzó sobre nosotros. Hice las debidas presentaciones y me percaté de cuánto había cambiado la casa en mi ausencia. Ya no era un hogar triste sino bañado por la luz del día y un aroma a violetas nos impregnaba. Tamaya temblaba de emoción:

- Isabelle, la Guardiania desea verte, a solas...-y en un tono más bajo- No sabes lo que has hecho por nosotras, nos has salvado.

Subí los peldaños con el corazón encogido, presa de la emoción y las expectativas. Me dirigí al cuarto al fondo del pasillo, pero la cama estaba vacía y frente a mí estaba la Guardiania. Se mantenía de espaldas y sobre sus hombros pecosos caía su cabello de blanco resplandor. Su voz era grave y recordaba el sonido de una cascada:

- Isabelle, estoy orgullosa de ti. Has cumplido con tu misión y ahora sé que te debo respuestas. Puedes preguntar lo que quieras. - seguía de espaldas a mí y me desahogué. Las preguntas salían como si estuviera arrojando piedras.
- ¿Quién soy? ¿Por qué me escogieron a mí para la misión? ¿Qué es el Katar? ¿Qué tiene que ver mi familia con todo esto? ¿Cuándo puedo regresar a mi mundo? ¿Mi abuela estuvo aquí? ¿Usted la conoció? – suspiró hondo.
- Un poco más que eso, Isabelle, y tú no te hubieras enterado de no haber sido una emergencia. Pero ya estamos aquí reunidas y te debo la verdad.

La vuelta que dio me pareció durar una eternidad y conforme iba girando comprendí la revelación en sus palabras. Las cejas pobladas, la nariz angulosa y el mentón hundido no mentían, grité:

- ¿Abuela?

Era el retrato de las fotografías y el rostro del cual no lograba acordarme porque era demasiado pequeña cuando me habían anunciado su muerte. Era también, me daba cuenta ahora, muy parecida a mí y mi primer instinto fue correr hacia ella y estrecharla en mis brazos. Ella olía a violetas al igual que la casa. Me acarició la cabeza y me besó la frente. De la mano me llevó hasta la cama donde nos sentamos y yo sequé mis lágrimas:

- Te debo una explicación, Isabelle y sería mejor empezar por el principio.

“Antes de que hubiera ciudades y edificios, antes de tu tiempo y el mío, Caradoc como se llama nuestro mundo, era parte del tuyo y los dos convivían en armonía. Los hombres que

poblaban las tierras aledañas a las nuestras apreciaban los servicios de las Iniciadas y sobre ellas se escribieron muchas historias que hoy no son más que leyendas.

Llegó la religión y vio con malos ojos nuestro poder y la competencia que suponíamos para ellos. Maldijeron nuestras ancestras y plantaron en el alma de los hombres la duda y la semilla de la envidia. Comenzaron las persecuciones que en un principio fueron descartadas como una locura temporal. Sin embargo, fueron en aumento hasta representar un verdadero peligro para la supervivencia de las Iniciadas. Entonces, una de esas mujeres decidió que la única manera de proteger a su gente era volver a Caradoc invisible. Esta mujer se llamaba Alva Durán y como lo has adivinado pues llevas su apellido, era una antepasada nuestra.

Para proteger a Caradoc y a las Iniciadas, Alva recurrió a un poderoso conjuro que exigía el sacrificio de su propia sangre. Se inmoló y de sus cenizas surgió el Katar. Se mantuvo una puerta entre Caradoc y el resto del mundo, pero se guardó el secreto y la hija de Alva fue la primera Guardiana. Las últimas palabras de Alva antes de desaparecer pertenecen al viejo lenguaje y tú las conoces bien: salish vell sertana, la sangre será la salvación. Ésta ha sido la bendición y la maldición de nuestra familia. Generación tras generación, una mujer de nuestro clan cumple su tarea y mantiene el equilibrio.”

- ¿Pero y Tamaya? ¿Y tú? – apenas estaba digiriendo el relato, pero necesitaba respuestas.
- Al separarse nuestro mundo también se separó nuestra familia. Tamaya tiene sangre de los Durán, al igual que las Elensur, aunque ellas corrompieron su poder con su ambición. Nosotras somos descendientes directas de Alva y nuestra relación con el Katar es más fuerte. Tamaya ha estado aprendiendo, pero tu don es de nacimiento como pudiste sentirlo. Cuando la Guardiana muere se llama a la siguiente en la línea de sucesión y se le pide aceptar su tarea. Esto puede acontecer temprano en la vida o tarde como lo fue para mí.
- ¿Mamá está enterada de Caradoc?
- Intenté platicar con ella antes de irme, pero ella tiene sus propias creencias. Es una mujer práctica y nunca le ha atraído la idea de un mundo paralelo o la existencia del Sagne, pensó que le estaba contando un libro que quería escribir. Por esta razón estoy entrenando a Tamaya.
- ¿Por qué no la mandaste a ella a recuperar el Katar?
- Necesitaba quien cuidara de mí y su relación con el Katar no iba a ser tan fuerte como el tuyo que eres heredera directa. Tuve que arriesgarme contigo, aunque ignoraba si ibas a aceptar la misión. Afortunadamente, estás aquí y ahora sabes quien eres y cual es tu destino.
- ¿Esto quiere decir que yo también seré Guardiana?
- Sólo si tú lo deseas, pero llegara el momento donde deberás escoger. Ser Guardiana es un sacrificio, en parte es renunciar a la vida terrenal y unirse al Katar. Esa elección te

pertenece.

- ¿Podré volver a verte?
- Sí, pero no tan a menudo como yo quisiera puesto que tienes tu lugar en el mundo y tu tiempo todavía no ha llegado.
- Me hubiera gustado conocerte antes.

La abuela me acarició las manos y me contó historias de cuando yo era bebé. La manera en que me encantaba perseguir los gatos a cuatro patas y trepar por los sillones. La puse al tanto de nuestra existencia, el trabajo de mamá y la muerte de papá, la mudanza, la cabaña y mis descubrimientos. Reímos y lloramos hasta que se puso el sol y aparecieron en el marco de las puertas las cabezas de Tamaya y Alfie:

- ¿Y tú quién eres? – preguntó con curiosidad la Guardiana.

Introduje a mi pequeño compañero y expliqué el propósito de su visita. Describí sus hazañas y el poder que había demostrado a lo largo de nuestra aventura. La abuela meditó un rato y declaró:

- Si no tiene problemas en vivir con dos mujeres, no veo inconveniente a que te quedes con nosotras y te ayudemos en tu aprendizaje.
- Gracias, gracias. – chilló Alfie antes de repartir besos a todas.
- Ahora – sentenció- me gustaría escuchar su relato y disfrutar de una abundante cena.

Hubo pescado, jugo de mora y helados de castaña, vainilla y chocolate. Contamos nuestra aventura desde el Reino de la Niebla hasta la pelea con Fiamma. No se omitió ningún detalle y nos fuimos a acostar cuando las estrellas perdían su brillo.

La mañana me recibió con tristeza. Me alegraba regresar, ver a mamá, pero me dolía separarme de la abuela y abandonar Caradoc. La abuela me aseguró que mi ausencia había pasado desapercibida; en mi mundo la noche en la cual había partido continuaba avanzando. Me permitió quedarme con la brújula:

- Cuando sea tu tiempo, la brújula te avisará. Si podemos vernos antes, Alazar, la emisaria, se pondrá en contacto contigo. No imaginas la felicidad que me brinda nuestro encuentro, pero ahora debes partir.

## CAPÍTULO 18

Me volví a poner la pijama y crucé los campos que había pasado en un inicio. En ellos, los mismos conejos esquivos daban brincos y pronto me hallé en la cueva y frente a las escaleras que bajaban hacia el mar. La barca me esperaba y el pelaje de Alazar resplandecía con la luz de la luna. La ceremonia fue breve y el canto de la emisaria selló el pasaje a Caradoc y me separó de mi abuela. Había estado reprimiendo las lágrimas, pero al ver la puerta desaparecer mi llanto estalló y se prolongó hasta alcanzar la orilla.

La cabaña estaba silenciosa y tuve cuidado al introducirme por la ventana de no tropezar con algún objeto. El piso crujió en un par de ocasiones, pero exceptuando estos momentos, pude deslizarme sin contratiempos hacia mi habitación. La puerta de mamá permanecía abierta y pude ver que continuaba durmiendo profundamente. Me acerqué hacia su cama y la tapé con el cobertor. Gruñó y luego pareció sosegar. La besé en la frente y murmuré:

- La abuela está bien. Es la Guardiana ahora y dice que te quiere mucho.

Me pareció que mamá sonreía y desaparecí antes de despertarla y deberle explicaciones. Me arrojé en la cama y coloqué la brújula debajo de la almohada. Pronto caí rendida con una mano colgando y en la otra el libro que alguna vez había sido de la abuela. Mañana sería mi primer día de escuela.

## CAPÍTULO 19

Amanecí chocando con cualquier objeto que se cruzará en mi camino, casi me resbaló por el suelo y me tomó un tiempo inusual decidir qué ropa ponerme. La aventura terminada a noche parecía un largo sueño interrumpido por este regreso a la realidad. Estrenaba mochila, útiles y una pulsera para la buena suerte que me había regalado mamá. Como en todos mis regresos a clases y en especial este día, estaba nerviosa.

Mamá no estaba en mejor estado. Había tirada la leche y preparaba los huevos con pulso tembloroso. Me miraba con extraña fijeza y por un momento dudé si podía adivinar lo que había pasado o si se había percatado de mi regreso a media noche. A veces, uno tiene la impresión de que las madres pueden leer la mente, pero en este caso la mía estaba preocupada:

- ¿Estás segura de que quieres ir a la escuela? Si quieres podemos esperar hasta mañana, nunca pasa gran cosa el primer día.
- Segurísima. – le contesté con una sonrisa que la tranquilizó un poco.

Enfrentar una escuela donde no conocía a nadie ya no me daba tanto miedo. Sentía que volvía a empezar y que, de ahora en adelante, la vida sería distinta. Untaba mis tostadas y pensaba en las aventuras de Caradoc, en la abuela y en lo mucho que había aprendido. También recordé a papá. Aunque deseaba que estuviera con nosotras, mi tristeza iba disminuyendo, el dolor adelgazaba. Era más fuerte. Mamá me revolvió el pelo que me acomodé de inmediato y me acompañó hasta la puerta.

Nos separamos con un abrazo interminable. Mientras iba bajando hacia el pueblo di media vuelta para un último saludo. Ella me seguía con la mirada y me prometí que algún día le contaría todo lo que había sucedido este verano. Más tarde, cuando tuviera el valor y ella la disposición para escucharme. También tenía derecho a saberlo aún si no podía creerlo.

El aire estaba fresco. Iba adelantada, el camión tardaría otra media hora y me permití unos minutos para contemplar el lago. Las rocas continuaban en su lugar, inamovibles, escondiendo un secreto que sólo yo conocía. Por un momento, creí ver a Alazar deslizarse entre las hojas con dirección al puerto. Quise llamarla, hablar con ella, pero me contuve. Al final, como me lo había dicho, era en nuestro mundo un gato común, un simple gato de casa. No tenía derecho a molestarla y antes de darme cuenta ya había desaparecido.

Me detuve a un lado de la parada. Esperaba conocer alguno de mis compañeros, pero al parecer era la única del pueblo en asistir en la escuela. Me equivocaba, justo antes de llegar el autobús se acercó un grupo de tres chicas, más o menos de mi edad, que iban tomadas del brazo y riendo.

Me había visto y tuve un momento de pánico. Anhelaba poder recurrir al Sagne para penetrar en sus pensamientos. Por supuesto, estaba prohibido, pero la tentación crecía. Comencé a



concentrarme y luego me arrepentí. No podía traicionar la confianza que habían puesto en mí. Así que esbocé mi mejor sonrisa y aguardé nerviosa su reacción.

Pronto habíamos entablado conversación y me estaban poniendo al tanto de todo lo que debía saber acerca de mi nuevo colegio, incluso los nombres de los peores maestros. Nos sentamos juntas en la parte trasera del camión y miré una vez más por la ventana.

El lago brillaba.

Estaba en paz.